REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII — San José, Costa Rica — **1937** — Sábado 24 de Abril — Num. 16

Año XVIII — No. 800

SUMARIO

Jorge Isaacs y su MARIA

(Abril de 1837 — Abril de 1937)

Por AUGUSTO ARIAS

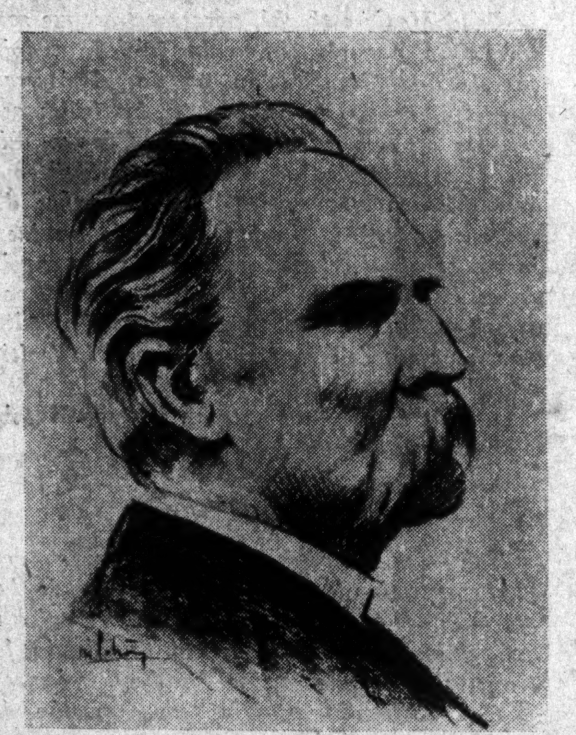
= Colaboración. Quito, Ecuador, abril de 1937 =

UN LIBRO QUE DURA

Hemos vuelto a leer *María* en cuyas páginas alentara, en otro tiempo, esa infantil curiosidad que se doraba ya con un inquieto alborear de adolescencia. *María* es un libro que se abrió en una primavera pudorosa y en su terso capitulario es fama que han quedado, como el resumen de una sentimental admiración, las lágrimas de los amantes puros. La prestigia un largo ayer y las horas actuales removerán su recuerdo, como para que busquemos la razón de perdurar de aquel libro, que en una época fuera devorado con idéntica pasión a la que inspiraran el *Werther, Atala, Romeo y Julieta*....

María es un romance de amor desarrollado en largo trecho que sirve, no obstante, para la expresión de una dicha efímera, acechada por el presentimiento. Un lector de nuestros días, se fatigará sin duda de la minucia destejida con lentitudes nimias y el decurso pausado y casi langoroso del relato, pareceríale de luenga monotonía, pero hay que retrotraer aquellos instantes en los cuales la vida, lejos de nuestra aviónica existencia, pretendía desenvolverse en la quietud de un remanso y para la cual valían los detalles en una medida que acaso no acertarían a sentir los hombres de ahora. Su incomplicado argumento es el de un amor que florece en los años de infancia, que se desarrolla nimbado de una candorosa gracia y que se destina, sin embargo, a desaparecer con la muerte. Poema sobre todo, de hallarlo primero en la frescura del idilio, de seguirlo a poco, en los altos montañeses del romance de cacería y de buscarlo, después, en el tremor élego, cuando el imposible físico agita en el ausente y en la que ha debido quedarse para esperarlo, cierta especie de angustia metafísica que se resuelve en el libro con el delicado toque de los estados de ánimo, logro feliz de las mejores obras del romanticismo. Isaacs mismo definió al poema, al decir de su pasión frustrada, en el soliloquio de Efraín: "diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte".

Obstinada repetición la de intentar un recuerdo minucioso del asunto de libro tan releído y repasado. En sus hojas, como en las de pocos volúmenes, la mano asidua ha dejado su huella y el lápiz menos experto ha



Jorge Isaacs
Dibujo de *Miguel Petrone*

subrayado los renglones más ingenuos. Pocos han de ignorar, por tanto, de la fugitiva belleza de María, de su ternura que casi no es de aquí, y de la desdicha de aquel Efraín sin par, amado como ninguno y a la postre desolado como jamás pudo estarlo nadie. Pero hablar de Isaacs es encontrarlo en las páginas de su *María*, bañadas sin duda en este 1º de Abril por la millonésima mirada, que se alberga en ellas como para resucitar la escena de la completa esperanza y de los cariños fieles o que vuela, jugueteando con luces sonrientes, como dudosa de saber que pudo existir amor tan entero y creyendo en él sin embargo, como en la lealtad de otrora, pues a medida que se afirma en la lectura, es más que la carne de la realidad, un ambiente de humanismo el que ha cobrado vigor y presencia y nos ha perseguido con su vuelo rumoroso, hasta cuando Efraín se desprende del cementerio caucano, sin poder desvanecer su fantasma, con el galope que le aleja de su teatro del valle, sin moverle de sus visiones pesarosas.

EL ROMANTICISMO

El libro es de los más calificados en el romanticismo de América. Las notas de la tendencia dominan en él de tal modo, que no fuera posible posponerlo, menos olvidarlo, en la más superficial historia de nuestras letras vernáculas. En la escuela romántica sobresalieron, en efecto, las facultades de la imaginación y el sentimiento, tan patentes en *María;* se distinguió el gusto paisajista, y no propiamente con la seguridad descriptiva de los clásicos, ni con la conformación casi tangible de los realistas, sino más bien con una suerte de golpes coloristas, breves, en una evocación más que en una representación de los parajes, todo lo cual encontramos en la novela de Isaacs. Asimismo los personajes no se destacaron en firmeza de contornos, apareciendo por lo general en el escenario o el paisaje, narrados más que descritos, vistos más que retratados, formando parte de esa varia flora de sensibilidad que volvió a los románticos poetas arrebatadores, prestos a la divagación lírica, impresionables y vibrantes y, acaso también, en algunas veces, encantadoramente imprecisos y fugitivamente abandonados al calor o al matiz de las palabras.

Si otro de los caracteres del romanticismo fué, y desde sus mismas raíces, el de la búsqueda de los temas nacionales, ese también hemos de reconocer en *María,* pues que es la novela de los valles caucanos, de las costumbres caleñas, de los tipos de Antioquia, de las particularidades colombianas y si queremos abundar en el apunte de otras manifestaciones de la corriente romántica, añadiremos todavía que la exaltación del cristianismo, esencia constante de la modalidad literaria del ochocientos treinta, alienta también en el libro de Isaacs. Cuando Efraín se constituye en el maestro de Emma y de María, son los capítulos románticos del *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, los que dejan abrir su filón endulzante y a lo largo de los episodios de la novela, es frecuente la imagen católica. Algún montañés halla el parecido de María con la Virgen de la Silla que allí se veneraba. En la casa de La Honda, hay un oratorio que recoge las plegarias de la heroína y la desesperación de Efraín, y

cuando éste va de visita a una chacra de las vecindades, repara en que se han dispuesto en el comedor, como el más fino de los adornos, algunos retablos quiteños.

No han faltado quienes hablaran del romanticismo criollo, con una raíz propia en América y hasta se puede sentar, como inconcusa, la teoría de que, para el gusto paisajista del romantiscismos, fueron escogidos los campos de nuestro continente, como lo demuestra la obra de Chateaubriand. Romanticismo criollo el de *María*, por la vida americana de que está llena, su figura principal, conformada en las delicadezas que distinguieron a las Atalas, no se presenta con menos autenticidad, pues que la niña de la novela de Isaacs se perfila con los ademanes y los sentidos de la mujer andina.

MARIA

No hay un retrato acabado de *María* en las trescientas páginas de ese libro de amor. El romántico no alude, ni una sola vez, al color de los ojos de la que solía llenar de flores recién abiertas el vaso cristalino de su alcoba. En cambio la cabellera de su prima le obsede en la memoria de su ala sedosa y la recuerda siempre como la sombre de aquella frente de alabastro en la cual había de verse la translucidez de un pensamiento no contradicho ni amortiguado. Efraín la conoció desde cuando contaba siete años. Había, según propia confesión, desdeñado los juguetes que su padre le trajo de sus viajes, "por admirar a aquella niña tan bella, tan dulce y sonriente". Pero por no romper el encanto de su evocación pura, no se complace en representarla para que la veamos en nítida imagen. Se goza, más bien, en sugerirla vaporosa y como inasible, como a esos dones de cuya maravilla nos habló el labio más uncioso, pero que no habremos de alcanzarlos. Mas, no por menos precisa, la figura de María, como las de otras criaturas románticas, se diluye en el paisaje y si este se aclara en trazos móviles o se anima en la lírica presentación de la naturaleza, es cuando el enamorado la persigue en los sitios habituales, cuando se inclina a buscar su pisada en la selva o cuando, ya sin esperanza, busca sus manos entre las azucenas ajadas.

El presentimiento, como en el ambiente difuso de una tragedia nueva, repasa en el romance de Isaacs, corporizándose en el buho del chirrido siniestro, que no es el cínico parlante de la noche poeana, sino el que sabe posarse, medroso, en la ventana del cuarto de María; volar, agitando sus alas metálicas, sobre la esquiva pareja del coloquio; levantar un viento frío y delgado, y alejarse después, sin que sus ojos fosforescentes hubieran enseñado su luz rojiza, como la del carbón que arde.

El amante la sigue en el vaivén casi tranquilo de la que está destinada a una estancia tan fugitiva y se dijera que al estudiarla sin propósito, supo inmortalizar en ella el modo resignado y desprendido, la suave actitud, como inmerecedora y triste, de la melancolía. "Tarde bella—dice Isaccs de una de las del valle—bella y transitoria como María fué para mí". Así, el contraste prepara y desarrolla la impresión que ha de dejar el libro en la sensibilidad de los lectores. Desde los comienzos advierte en la "mejilla helada" de su prima, "la primera sensación del dolor". El lenguaje de las miradas es de correspondencia discreta frente a la severidad de los padres y en el mutuo regalo de las flores, se trenzan las delicadezas del idilio. María suele regar las mejores rosas en su baño oriental y surge más seductora, cuando en su cabellera castaño oscura ha prendido una de las azucenas que su Efraín, trayéndoselas para ella, las había abandonado en el escrúpulo de sospechar que no las querría. Cuando María sale del baño, tiene el rostro pálido y rosado bajo su cabellera de carey. Dormida, en sus párpados anchos, hay el color perlado del raso. Llorosa o sonriente, no es menos bella que cuando se pone ligeramente severa. Efraín la besa una sola vez, en la cabellera destrenzada, larga, larga como la de Julieta, y ella se defiende la frente con las manos, contradictoriamente temerosa de los labios que tanto ama...

La niña huérfana cuyo nombre bíblico, Ester, había de cambiarse por el cristiano de María, se impresiona para siempre en la memoria de Efraín. El se la acerca con enternecimientos cautivos y ella le recibe con timideces de novicia. El romance dura lo que un viaje de palomas por el deslumbrado valle del Cauca y no obstante, se queda perdurablemente retenido en el libro. Los símiles del paisaje saben enlazar el romántico idilio. La fraternal figura de Emma fortalece la confidencia. De la plática de María, guardará Efraín la remembranza de esas palabras que se le antojaban "pertenecer a otro idioma", del cual "hace años que no regresó una sola frase". En ese amor en creciente, azota la ventisca del infortunio y la enfermedad hereditaria de María, coincide, en su primer anuncio, con el paso del ave agorera. Hay que reabrir el libro, para renovar lo que, de la lectura antigua, dura grabado en el contorno central de la novela. Se levanta de toda ella una veraz frescura y una autenticidad difíciles de imitar, ya que no de superar, en las nuevas concepciones del arte.

Una sutil progresión une a los jóvenes que van a separarse para siempre. En el agosto vacacional se aproximan en una promesa eterna, pero las auras de setiembre, en son de otoñada, han de traer los vientos de la distancia. Efraín es el que irá a contemplar los nuevos paisajes, a concluir su carrera, y María, la que debe aguardar, desgranando las horas monótonas, y muriéndose. Las últimas páginas de la novela alcanzan la dolorosa tesitura de la elegía. Poco habrá, en las letras universales, tan conmovedora sencillez como la desesperación del joven caleño, por no encontrar a María a su regreso precipitado, después de aquella navegación por los ríos caucanos, asaltada por la zozobra de las aguas y detenida en las posadas del tránsito que muestran la fisonomía caliente del trópico, en el cual vigila el ofidio y ronda el murciélago. Poco, asimismo, semejante a ese recibimiento de duelo, cuando los padres de Efraín no aciertan a revelarle la terrible verdad. Y arrancada de la vida la figura llorosa de la madre, la que, pese a su celo biológico, logra medir la fuga de ese grande amor. Irrepetible, en fin, ese recorrido que hace Efraín por los sitios queridos, así como su entrada al oratorio, cuando el vigor cristiano comienza a quebrársele en la desolación exclamativa: "Iba a pedírsela a Dios.... ¡ni el podía ya devolvérmela en la tierra!...." Y la minucia inquisitiva para saber de los últimos instantes de María. Y la entrega de su guardapelo. Y el aferrarse a las trenzas de su amada, como a un despojo vital, a sus trenzas de un castaño oscuro, que siempre estuvieron adornadas con las flores caucanas. Y el reencuentro de la piedra de los coloquios. Y el tambaleante decurrir por la pieza mortuoria en la cual quedara el lecho medio tendido, y en el vaso que supo de sus labios el color de la medicina postrera.

"A las orillas del abismo—escribe Isaacs—cubierto por los rosales en cuyo fondo informe y obscuro blanqueaban las tinieblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente...." El también, como los personajes románticos, como el Jerusalen, como el Werther germano, compareció ante la sima del suicidio. Pero una elástica voluntad quiso detenerle en su rumbo ciego. He aquí cómo el libro romántico pudo ser válvula propicia para el desahogo de la desesperación. Dando salida al fantasma interior, el hombre casi liberado, aliviado más bien, vuelve a su trecho cotidiano. Efraín quiere conocer la tumba de María. Es un túmulo blanco sobre el cual se levanta una cruz de hierro, a medias oculta por las adormideras y en uno de cuyos brazos se ha posado, otra vez, el ave del "espantoso canto".

Que haya un árbitro

La historia de las repúblicas italianas de la Edad Media está ahí, para mostrar que son incurables por el tiempo los vicios orgánicos de una Constitución política. Prósperas por el comercio, la industria y las bellas artes, las repúblicas de Florencia, Génova, Pisa, Luca y otras, perecieron por el sistema de elecciones, con apelación a las armas de parte del vencido. No habían creado un juez inapelable de elecciones, que jamás serán consideraas legítimas por los que caen vencidos; pero una nación para vivir, para descansar, necesita que haya un árbitro que constituya la legitimidad del acto y termine el debate.

(De *D. F. Sarmiento* en el tomo XL de *Obras*. Buenos Aires. 1900)

Granjas sí, latifundios no

Habría que suprimir el latifundio, que es feudo y estimular el establecimiento de la granja que es civilizador, porque despierta un sentimiento de solidaridad dividiendo la tierra y acercando a los hombres, mientras que el latifundio estancia es expresión de egoísmo y de desierto.

(*Alfredo L. Palacios* en *El delito de opinión y la tradición argentina*. Ediciones *Anaconda*. Buenos Aires. 1937).

El valor zaragozano

Estos prodigios apenas pueden creerse, cuando se piensa que Zaragoza no está defendida sino por un simple muro de recinto, y está enteramente dominada por alturas que desde los primeros momentos cayeron en manos de los franceses. El marques habló de Agustina, aquella muchacha del pueblo, que cogiendo la mecha que en la mano tenía un artillero muerto y disparando ella misma el cañón, salvó el Portillo en el momento en que los franceses iban a apoderarse de él. El vizconde nombró a la condesa de Bureta, que se batió como un simple soldado, y don Miguel citó aquella altiva respuesta de Palafox al general Verdier, que dueño ya de la mitad de la población le intimaba a rendirse: La guerra hasta el cuchillo.

(Lo cuenta *Carlos Dembowski* en su libro *Dos años en España y Portugal durante la guerra Civil*. 1838-1840. Tomo I. Espasa-Calpe, S. A. Madrid.)

AMERICANISMO DE LA NOVELA

Aún si quisiéramos prescindir de los capítulos que forman la pasión inmortalizadora de María, en los cuadros de costumbres de la novela de Isaacs, en los tipos y en los caracteres, habría lo bastante para estudiarla y elogiarla como un relato de América, como un fruto de tierra colombiana, revelador de la tierra y de los hombres. Toda descripción en *María* es casi breve. Diríamos un tejido de hipotiposis, alentadas en la marcha romántica de los símiles. Pero el paisaje, captado aquí, insinuado después y reflejado a trechos, ofrece, al final, un conjunto magnífico. Los caminos guijarrosos, el rumor de Zabaletas y la frescura de sus vegas; los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca. Los jardines de La Honda, poblados de azucenas, de lirios y de claveles, de naranjos, de pomarosos y de azahares. En las jornadas de la selva hay una veracidad de anuncio casi realista, sobre todo en la cacería del tigre y, aún cuando con menos firmeza, acaso también en la de los venados, que metaforizó la hora temblorosa de apagarse el sol, la tranquila media claridad con la rama huyente del ciervo, el sol de los venados.

Los personajes extienden su acción, no se vuelven esfumables ni desaparecen y la mayor parte de ellos corresponden a lo que se ha llamado la caracterización, en las preceptivas de ayer y de hoy. El antioqueño José, Lucía y Tránsito, son figuras representativas de toda una clase. Braulio se muestra con su valor campero y su lealtad entera, sirviendo para la antítesis del cuadro, al celebrar una boda feliz, apadrinada por María y Efraín. Isaacs demuestra una simpatía cordial por los humildes, en la narrativa de las escenas campesinas y en la presentación de sus personajes de conciencia aligerada y corazón tranquilo. Los montañeses aman a Efraín, cuya palabra familiar les acaricia en oportunos parlamentos. En todo un largo episodio labra el poeta caleño la historia de la negra Feliciana, aya de María desde cuando la niña huérfana fué llevada a la tierra de la madre, en los brazos tostados de la mujer, oriunda quizá de Bambuk, aquella ciudad africana de la música mecida y alígera. Relata entonces la humanidad de su padre, cumplidor de la manumisión de los negros y sigue a Feliciana, hasta cuando, al morir, se marcha para siempre, cuerpo yacente de ébano, sobre una parihuela de guaduas.

El retrato de Carlos, el barbilindo pretendiente de María, es de los que se desarrollan con mayor firmeza. Juegan en su faz anímica las luces del contraste, y apareciendo en el comienzo brevemente fanfarrón y codicioso, acaba se bañarse al término, de un atrayente resplandor. Y es María la que debe borrar, con pronto y discreto ademán, la quimera moceril en su "tersa frente, de ordinario serena como la de un rostro de alabastro". No son menos vigorosas las figuraciones de su amigo Emigdio y de don Ignacio, con sus ojos azules bajo del sombrero de Jipijapa.

Pero quizá para nuestro particular aprecio, los personajes más característicos de la novela, son los de la familia del compadre Custodio, y éste sobre todo, que habla con cierto son de máxima cervantina y posee la bondad del hospedaje y la confianza de las gentes buenas, mientras su mujer prepara en el hogar campestre la criolla heterogeneidad del sancocho.

De entre todas esas páginas, las que nos complaciera llevar a las antologías, serían las que corresponden a la campesina Salomé, clásicas ya, encantadoramente reales. Esa muchacha "cuyas mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez, escapa por su belleza a toda comparación", quiere de veras a Efraín. El poeta no revela la historia de plano, pero al descubrirla en el giro de su narración, la vuelve más sugestiva. Esas son, acaso, las dialogaciones más finas, más intencionadas del libro, aún cuando sintamos en la frase de la montañesa caucana, alguna desacostumbrada compostura y un ágil pensamiento, en cierto modo semejantes a los de los personajes de la novela pastoril. Releed esas descripiciones de la moza en aptitud de dádivas; seguidla en sus ardentías de cuarterona, disimuladas en gracia del arte alado del descriptor; acompañadla en los momentos en los cuales, autorizada por su padre, marcha a recibir los consejos de Efraín; escuchadla en su maña mujeril y advertida para despedir al hermanito; vedla, mitad sensual y romántica, preparando el baño de Efraín; oídla en las finezas con las cuales, a medias ruborosa y resuelta, adula al novio de María y decid si allí, en ese cuadro inolvidable, no hay un acorde estrecho de romanticismo y realismo, por lo mismo que la nota brevemente sensual, iniciada en el escorzo de la tentación y luego desviada por Efraín hacia la felicidad de un matrimonio de campesinos, apenas remueve el río calmo, en cuya corriente arroja Salomé pétalos frescos, pues sabe que así suele bañarse, por el cuidado de unas manos queridas, el señorito de La Honda.

Y luego y siempre, la impresión de la naturaleza americana en la que resalta el color bravío de la montaña o la traza hogareña del perro Mayo, en ese libro escrito en un estilo limpio y claro, matizado de provincialismos y en el cual, por más que su vértebra sea la del relato de un amor tan florecido como desgraciado, sonríe a veces la vida, apunta el gracejo y a la vera de un gran dolor, pasa el negrito montañés silbando bambucos....

(Concluye en la entrega próxima)

Habla el Sr. Encargado de Negocios del Perú

San José, 19 de abril de 1937.

Señor Editor del *Repertorio Americano*.
Ciudad.

Señor Editor:

En el último número de *Repertorio Americano*, semanario de cultura hispánica, se reprodujo o se acogió un artículo embustero y tendenciosa del señor don Luis Alberto Sánchez, y que se ofreció a los lectores de la Revista bajo epígrafe llamativo, alarmante y odioso.

Podría haberlo pasado por alto ya que lo considero, y es tan sólo, un desahogo sectario del autor, y si es de toda evidencia que él deja incólume el prestigio y el respeto que la Nación y el Gobierno afectados, cuya honrosa representación invisto en los países centroamericanos, han ganado a muy justo título en la conciencia general. Salta a la vista, aún de los más obtusos, que la pasión que perturba y desconceptúa rebasa de las líneas aviesas del articulista. Pero he pensado que ante el cúmulo de injusticias, falsedades y malevolencias que hay en esa crítica, debo rechazarla airadamente por requerimiento patriótico, por respeto a la verdad y por consideración y para orientación de todos cuántos puedan llegar a conocerlo.

¿Cómo negar, pero ni siquiera poner en duda la creciente y sólida prosperidad del Perú en los años vencidos del actual Gobierno? En un ambiente tranquilo, lleno de optimismos, que sucedió a un período de serias agitaciones políticas, se han desarrollado todas las actividades y energías de la nación y han podido ser impulsadas, orientadas, encauzadas firme y seguramente por un Gobierno patriótico, comprensivo y dinámico. Y así, con la elocuencia de hechos y cifras, es dable proclamarse esa prosperidad, la mayor y la más sólida lograda en el curso de su vida independiente.

El comercio general del Perú alcanzó entre los años 1927-29, período considerado como el más próspero, la cifra global de 500.000,000 de soles. Pero ésta que en 1932 se había reducido a la mitad, sobrepasa en 1936 todas las anteriores llegando a la récord de 535.000,000 de soles. Y debe apuntarse, que comparándose los años 1932 y 1936 las exportaciones en el último llegan a 151.000,000 de soles más que en el primero.

Este desarrollo comercial que ha sido posible en un ambiente de confianza, ha favorecido un paralelo y firme desenvolvimiento industrial y del crédito, y ha permitido afrontar y resolver con éxito difíciles problemas de orden económico, político y social. Ahí están las obras que hablan con abrumadora elocuencia de lo que un gobierno de centro puede hacer y hace. Multiplicación de caminos para acercar y fraternizar las más apartadas regiones de la República; irrigación de extensas y fértiles zonas; mejoras fundamentales en los servicios de los puertos; campañas sanitarias y educativas. En orden a la asistencia social son concluyentes resultados: la implantación del seguro social obligatorio, cuya protección se extiende a los servidores del Estado, a los empleados y a los trabajadores en general; la organización del trabajo de las mujeres a domicilio; la construcción de los barrios obreros de la Victoria y del Rímac, en la capital; la creación de los Restaurantes Populares, que otros países tratan de imitar, donde el pueblo obtiene a precio ínfimo alimentación sana y abundante controlada por el Gobierno; la instalación de nuevos hospitales y de Colonias Infantiles, como la de Ancón, y tantas otras obras de aliento y de beneficencia destinadas a mejorarse las condiciones de vida de las clases trabajadoras, a protejerlas remediando las deficiencias de nuestra anterior legislación en materia de accidentes, higiene y seguridad del trabajo.

Todo esto no es pues una simple "apariencia de prosperidad en el Perú" por el "alza mundial de algunos productos". Es un auge sólido, pese al ofuscamiento político del impugnador aprista. Un país que exhibe un tal progreso, un desenvolvimiento tan armónico y completo de sus fuerzas y energías, no puede ser uno donde las libertades faltan, donde las garantías se han perdido, donde los valores morales se han hundido y agotado. El testimonio imparcial de los muchos que visitan el Perú y de los extranjeros que

disfrutan de la hospitalidad peruana, que día a día acrecen en número y variedad, merece más fe y crédito que la afirmación gratuita de agriados políticos.

Lamentablemente engañado está el Sr. Sánchez si cree con sinceridad que los apristas son la fuerza decisiva en el pueblo peruano. Los escrutinios en las últimas elecciones demuestran que de 200,000 votos escrutados las fuerzas izquierdistas tuvieron un tercio contra dos tercios las derechas. Y esta proporción ha de ir creciendo en favor de los partidos del orden, a medida que se descubran mejor los principios perniciosos del Apra y se conozcan exáctamente sus planes terroristas, ya no sólo dirigidos contra sus oponentes políticos, sino también contra sus propios afiliados que no dan debido cumplimiento a sus siniestras disposiciones; principios y planes que hieren y exasperan cada vez más el sentimiento público.

El caso del aprista Arévalo, a quien el articulista eleva a la categoría de mártir, es bien simple. El Sr. Arévalo fué apresado en la ciudad de Trujillo, en el norte del Perú. Estuvo sindicado como instigador de una intensa propaganda revolucionaria en el norte de la República, y como el que impartió las órdenes para la ultimación del ex-afiliado aprista Salomón Arancibia, que arrepentido se negó a cumplir una consigna de los apristas y se alistó entre los agentes de la ley y del orden. En la casa donde se aprehendió a Arévalo se reunían los apristas y era depósito de armas, bombas y municiones, destinadas a usarse en el proyectado movimiento subversivo.

Arévalo era conducido a Lima para su juzgamiento por las inculpaciones que se le hicieron. Viajaba de Trujillo a la Capital en un automóvil, en compañía de dos agentes del orden. En un cierto punto del trayecto el automóvil se detuvo para la reparación de un desperfecto. Aprovechando Arévalo que uno de los agentes ayudaba al choffeur atacó al otro y logró darse a la fuga. En vista de esto los vigilantes abrieron fuego sobre el prófugo y éste cayó herido y poco después murió.

¿Qué imputación puede hacerse al Gobierno peruano por este hecho? En un caso semejante no otra hubiera sido la actitud de la policía de cualquier otro país.

Creo que me he detenido demasiado rectificando lo más saltante del artículo del señor Sánchez, cuya actitud es ciertamente muy antipatriótica y odiosa.

No es como la política que siguen con la que los apristas lograrán triunfos para su causa. "La amenaza, la prepotencia y el odio, eregidos en método de lucha, aspiran a ser mañana lo que ahora mismo son: piquetas para el derrumbamiento y la miseria. ¡Qué dicen los programas y qué las actitudes de quienes nos combaten? Aquéllos son la promesa. Estas la realidad. Los programas pintan lo que los hombres piensan que son. La conducta denuncia lo que son de veras... El odio, la amenaza y la prepotencia, vístanse como se vistan, sólo buscan esclavos o cobardes." Así se expresó un distinguido intelectual y diplomático condenando el arrebato incontrolado, la pasión que ciega, la rebeldía a la conciliación que todo arruina, que son de la culpa de los apristas.

Para los buenos y honrados peruanos, amantes de la justicia, del orden y de la paz, factores fundamentales para un integral y sólido desenvolvimiento nacional, el gobierno del señor General Benavides satisface ampliamente las aspiraciones patrióticas y merece además, la más completa confianza y el respeto del elemento extranjero, que coopera por eso animosa y confiadamente con el nacional en la obra de resurgimiento de la República.

Espero fundadamente, señor Editor, que así como aceptó usted la colaboración del señor don Luis Alberto Sánchez en su semanario, querrá usted acordar gentilmente un espacio en las páginas del mismo semanario para esta carta.

Con sentimientos de mi mayor consideración, quedo su atento servidor,

Salvador M. Cavero

Versos nuevos

= *Colaboración*. Costa Rica y abril de 1937 =

BALADA DEL CAMPO

Tarde del amanecer.
Bajo el cantar alegre de la esquila
se tienden los rebaños apiñados
vahosos a sudor, sobre la hierba
jugosa y húmeda.
Los gritos guturales de los peones
les marcan el camino
con su tiza escarlata en el silencio,
pero quedan las huellas de los cascos
y un olor a boñiga florecido.

ESTACIONES

Se enrolló mi sombra
como un pergamino viejo,
el sol estaba en el centro del cielo.
Se hizo mi sombra tan larga
como la de un Quijote seco,
el sol estaba recostado
sobre los cerros.
El calor rebotaba como una goma
huyendo de los pañuelos,
el frío agarraba las narices
con pinzas de hielo.
Primavera, Verano,
Otoño e Invierno:
Cuentos de niños para viejos!

PERDERSE

Qué bueno es perderse!
en las alamedas de la mañana,
con los dedos locos de rumbos
y los ojos de pájaros.
Reírse sin educación en la cara
de la Rosa de los Vientos
y hallarse con la cabeza
sucia de miedos,
señalando direcciones,
fumando en un cómodo butacón!

QUE COSA!

Lirismos,
al diablo!
amores, suspiros,
celajes y pájaros,
sólo son cadáveres
como Heine o Bécquer,
Campoamor o Byron.
Sin que quepa duda
los tiempos pasaron,
y ya no nos sirven
los viejos pingajos,
teñidos de un rojo
de llantos.
Mi abuelo que pueda
bailar los minuetos,
orín de los años.
mi padre,
pero, vamos!
decir sonatinas.
que si tengo un hijo
me resulte bravo,
que cante en voz ronca
y baile en el fango,
como castañuelas
la ametralladora
bien ceñida al brazo.
Mi abuela, que pueda
usar crinolina de raso,
mi madre,
que rece el rosario,
pero, vamos!
que si tengo una hija,
que no se desmaye
tocando en el piano,
sino de cansancio,
curando las rojas heridas
de los milicianos
y que así le sirva
el tener pequeñas
y blancas las manos.
Pero me da miedo,
qué cosa! a mis años,
tener, allá, un nieto,
que me diga—"abuelo,
vos bailaste tangos"—
Le daría un cachete
o un helado?... .
De todas maneras,
lirismos.... al diablo!

GACETILLA

El viento se ahorcó de un árbol
florido del boulevar,
las brisas en torno lloran
con tristísimo llorar,
baja la luna en la lluvia
y lo ayuda a embalsamar,
y las hojas también lloran
sin saber con quien jugar.
El viento se ahorcó de un árbol
florido del boulevar!

NEGRO EN AMERICA

Negro de pómulos
como ciruelas,
de labios blancos
y de cabellos como algas negras.
Negro: hijo blanco nacido negro,
un torso negro me dice a gritos
que mi alma es negra,
porque los quiero
cuando en la noche de las Antillas
los hacen bestias
los hijos negros nacidos blancos,
que han hecho al trópico sangrar auroras.
Porque los quiero,
cuando se tuercen y se dislocan
en escenarios de gran ralea,
fingiendo danzas
que son tragedias:
los senos de ella, los muslos de él,
como caoba sudando fuerza.
Negros que ha siglos,
como hombres hombres
gastaban noches

contando estrellas.
Negros que tienen olor a savia
a humeda tierra,
a harina blanca
y a brisa nueva.
Si en una noche toda estrellada
mirando el suelo por fuerza fueras
bajo el agobio de alguna carga
que te estremezca,
sácale al hombre rubio los ojos
y así podrías como tus padres
pásar tus noches contando estrellas.
Cómo te quiero
negro de América.

Joaquín Gutiérrez

Dictadura y democracia

Por el Dr. ANGEL ZUÑIGA HUETE

= Envío del autor. Costa Rica y marzo de 1937 =

(2. Véase la entrega anterior)

La superior cultura y sobresalientes virtudes que la época contemporánea reconoce a la nación germana, no constituye prueba irrefutable de que el destino histórico de la humanidad le señale el puesto de mentora y gerente de los pueblos y razas de la tierra, bajo la disciplina del pangermanismo o "Tercer Imperio". En el correr del tiempo, naciones de diferente estirpe han vivido ciclos brillantes de esplendor y de cultura que han terminado por decaer, como todo lo que vive dentro del marco de la naturaleza, para dejar el puesto a otros pueblos cada vez más aptos y que se suceden en el turno rotatorio del progreso.

La misión providencial y el magisterio del gobierno que el pangermanismo se arroga sobre los demás pueblos del planeta es una doctrina imperialista y mística con base en la fuerza como único argumento de convicción y de existencia. Un profesor pan-germano ha dicho: El pueblo, *la sustancia germana* "ha sido designada por la providencia para resolver este problema: dirigir los negocios del mundo entero, civilizar a los pueblos salvajes y poblar las regiones inhabitadas". Reimer, citado por F. G. Calderón en *El Dilema de la Gran Guerra*, pág. 200).

El germanismo nazi es una teoría disolvente. Por ella se instaura la guerra como factor de regeneración social y se auspician las tendencias bélicas que, como decía Hobbes, hacen *del hombre el lobo del hombre*, con mengua de los anhelos de paz universal, suprema aspiración de las democracias liberales.

El partido nacional-demócrata reclama la superación capitalista de Alemania sobre los demás países del globo, contra el criterio de los pueblos republicanos y democráticos que juzgan solidaria la industria y la producción de todas las naciones; porque las materias primas regionales se complementan, para satisfacer las demandas del mercado universal, ya que ningún territorio, por privilegiado que sea, produce todos los artículos que integran para sus moradores el cartel de su consumo.

El reclamo étnico, nacionalista y de autoridad estatal prepotente con que, el partido nazi mueve a las masas, se vincula fuertemente al credo pantudesco explicado y pregonado por profesores, publicistas y políticos alemanes que inspiran, en mucho, las actividades y destinos de la nación.

Propiamente el pangermanismo es de esencia prusiana, porque Prusia es tenida como el país por excelencia, dominador y militarista, llamado a traducir en realidades la unidad y la cohesión del Imperio.

Las ambiciones de supremacía, de gobierno y de conquista son manifestaciones de exuberancia, de exceso de vida. Cuando Alemania ha podido realizar la unidad de sus disgregados principados, triplicar su población en el curso de dos generaciones, desenvolver sus recursos industriales en grado superlativo, y mostrar una sólida cultura, ha sentido sobre el espíritu de su raza la clámide de nación privilegiada y providencial, se ha considerado investida con el magisterio del mundo y con capacidad para disciplinar y orientar a todos los pueblos de la tierra.

Ese espejismo de país escogido o de selección no es típico del pueblo germano. Es común a los pueblos que han desempeñado algún papel en la historia; es manifestación de egoísmo racial. Rusia ha alentado el paneslavismo; Turquía el pan-turanismo; Servia el pan-servismo; Italia el romanismo panlatino; Inglaterra el anglo-sajonismo; Estados Unidos el pan-americanismo; el Japón el pan-orientalismo, etc.

Estimulado el sentimiento nacional por el mensaje de supremacía sobre el universo, una falanje de catedráticos eminentes y de escritores distinguidos se ha impuesto la tarea de exponer y fundamentar la esencia del pangermanismo como norma de actividad patriótica. Se ha recurrido a la religión, a la filosofía, a la historia, a la biología, a las ciencias naturales, etc., para dar a la misión de erigir los Estados Unidos del Mundo, con superintendencia tudesca, una sólida e inconmovible plataforma.

En la gesta mesiánica de los apóstoles, y en la organización y concepciones de la Iglesia, durante la Edad Media, en que Roma, la sede pontificia, soñó con el Santo Imperio parece originarse la idea del Tercer Reich, y al que el nazismo se cree obligado a dar realidad visible.

Hitler ha dicho: "Debemos hacer de este pueblo, camarada, generación tras generación, una raza de bronce. Por lo demás sabemos que el Tercer Imperio sólo puede ser Imperio de supresión de clases, y ese Tercer Imperio lo será si los hombres se empeñan en conseguirlo. Queremos hacer en este momento la santa afirmación de aquello que ninguna fuerza del mundo y ninguna seducción debe desatar, el vínculo que a todos nos une, el espíritu que a todos nos eleva y nombramos: *Alemania*." (Discurso de Leipzig, 17 de julio de 1933).

La moción del Tercer Imperio viene a definirse como desborde de entusiasmo, de elevación y de actitud política, encaminada a establecer un orden internacional universal, la quinta esencia del pan-germanismo: *Alemania* a la cabeza de la humanidad.

También se insinúa la supresión de clases como objetivo del Tercer Reich, lo que sería acaparar para éste uno de los objetivos fundamentales del socialismo marxista, contra el cual se ha levantado el nazismo. Hay en esto una tautología evidente. Lo que el nacional-socialismo quiere es la conservación del orden económico existente en la actualidad, bajo el cuadro de una pequeña burguesía industrial y agrarista, como clase, dominada por el supercapitalismo netamente germano.

Hegel había enseñado que el Estado es una entidad superior al individuo: es el "Dios visible al que debe inmolarse toda finalidad y todo esfuerzo individual. Sobre este esquema y sobre la misión nacionalista y unitaria de Prusia se construyó, como una ampliación, como una generalización docente y pragmática el concepto del pan-germanismo que crece y se explica en esta forma: "Dirigir los negocios del mundo entero, civilizar a los pueblos salvajes y poblar las regiones inhabitadas".

No obstante de que en opinión de los antropólogos no existen razas puras y de que el alemán de hoy es tenido por algunos como mestizo de eslavo y celta, los germanistas vuelven por su crédito de raza excelsa: "Por nuestras propiedades de raza, nuestras fuerzas y nuestras flaquezas somos los mismos alemanes que en la edad de Arminio". Y por igual motivo presumen poder domeñar las huestes del porvenir como aniquilaron las legiones de Quintilio Varo en el fondo inquietante de las selvas.

En la selección natural de las especies se ha buscado apoyo a la magnificencia de la estirpe teutona, de la *sustancia germánica*; aunque con igual base se ha escrito sobre la superioridad de los anglo-sajones sin llegar a conclusiones convincentes y definitivas.

Un comentador moderno enfoca, de esta guisa, la evolución y miras del ideario pantudesco: "El nacionalismo irreverente, agresivo, tenaz, es la primera etapa de su vasto programa de acción. Aspira a sustituirse, bajo la protección de los dioses, a todos los imperios antiguos y presentes y por eso disuelve las congregaciones de fuerza que pueden serle hostiles. Es nacionalista primero, universalista después. Condena en los pueblos extranjeros lo que ella misma se propone realizar. Su misión es exclusiva y su fe intolerante. La formación de un Estado inmenso y poderoso, sin fronteras, sin rivales, la nueva *Ciudad de Dios* en la tierra es el término de su mística ambición". (F. G. Calderón. Ob. cit., pág. 120).

El imperialismo alemán es recibido por el espíritu democrático que hoy se abre paso por el mundo, como un retorno al pasado en que la violencia señoreó los destinos de los pueblos. Los nuevos rumbos que guían a la humanidad y que han hecho más solidarias las relaciones de interdependencia de los países, dan motivo para esperar, dentro de un pacifismo orgánico bien entendido, una era de fraternidad y de bienestar universales, calcado sobre planos de justicia, de autonomía y de libertad personal, muy diferentes al indecoroso sometimiento esclavista que prometen las ambiciones del imperialismo conquistador.

Una especial y preferente importancia se da, dentro de la ideología nacional-socialista, a la cultura y desarrollo de la personalidad, desde el punto de vista individual, eslavonado con el concepto de un *Yo* responsable y consciente, y que actúa como elemento activo y constitutivo de la nación. Mente despejada y firme gimnasia volitiva, unidas a una irrestricta lealtad para con la raza y el país, deben ser calidades específicas en la ciudadanía alemana, y muy particularmente del jefe que tome a su cargo las funciones del gobierno.

La supremacía de la influencia personal como factor decisivo en el poder conduce al

empleo irrestricto y absoluto de la autoridad con menoscabo del sistema de gobierno democrático que entraña reguladores de moderación contra el impulsivismo individualista. El predominio de un egoísmo egocéntrico, singularizado y vigoroso, en la gesta del gobierno, es el camino más seguro para instaurar el régimen personal y autocrático.

El 6 de julio de 1933, en espectacular discurso dirigido por el Fuhrer a los gobernadores regionales, daba al público esta síntesis: "Debemos eliminar ahora los últimos resortes de la democracia, en particular los métodos de votación, y los acuerdos de las mayorías tales como se ven en las comunidades, en las organizaciones económicas y en los comités de trabajo que en todas partes hacen valer la irresponsabilidad de la personalidad individual". Ya antes había dicho: La fe del nacional-demócrata "necesita arraigar en la raza y en la importancia de la personalidad, haciendo de estas cosas los pilares que sostengan el edificio. Estos son los factores fundamentales del punto de vista del punto de la teoría nacional. (Ob. cit., pág. 156).

Por plebiscito de 19 de agosto de 1934 treinta y ocho millones de alemanes confirmaron a Hitler la posesión y ejercicio conjunto de los cargos de Presidente y Canciller del Reich. Una ley de 24 de marzo del mismo año había dado al Fuhrer poderes para legislar sin sujetarse a las normas constitucionales. Otras disposiciones pusieron en manos del gobernante facultades suficientes para impedir el resurgimiento del régimen caído, para proteger al pueblo alemán, para dar incremento al poder, al bienestar y a la prosperidad del país. Es así, como Hitler, con las facultades de que está investido, constituye un monarca electivo por mientras el pueblo le conceda su confianza. Para eso se ha buscado en el plesbiscito una nueva forma y fuente de legislación.

El ejercicio de una autoridad irrestricta sobre todos los órdenes de la vida, no es una fórmula nueva de gobierno a la que pudiera colocarse el sugestivo lema: *Made in Germany*. que tantos campos abrió al industrialismo alemán. Aristóteles denominaba *tiranía* a esa forma de empleo en los poderes públicos, y tiranos se llamó a muchos de los jefes de las repúblicas griegas del Mediterráneo. Tiranía electiva *(Eisinetia)*, si se quiere. y al servicio de los intereses del capitalismo y de la industria.

Los pueblos de civilización occidental que han avanzado en su cultura y que han contribuido al progreso de la humanidad, son aquellos en que mejor ambiente han tenido las instituciones democráticas y donde la libertad ha tenido sus mejores auspicios. Igual cosa ha ocurrido en todos los tiempos. Donde quiera que el hombre ha vivido con normas de libertad y de cultura ahí se han levantado monumentos al progreso.

El régimen parlamentario dentro de un sistema absolutista y de fuerza. es considerado como una rémora, como factor de envenenamiento para corromper el criterio y la conciencia pública, y para aletargar la movilidad oficial. Por eso ha dicho Hitler: "Pero ni el senado ni la cámara tendrán facultades para adoptar resoluciones; estarán nombrados para trabajar y no para tomar resoluciones. Los miembros individuales podrán aconsejar, jamás decidir; porque esta atribución corresponde al que ejerza la autoridad". (*Mi Lucha*, pág. 156).

Cuando Bismark concedió a la nación el sufragio universal, optó por organizar un parlamento disciplinado que ni decidía sobre las cuestiones vitales del país ni orientaba la política del gobierno. El maquiavelismo del Canciller de Hierro procuró dar al imperio apariencias constitucionales, sin llevar la influencia democrática al seno de las instituciones. El parlamentarismo germano ha sido siempre diferente del parlamentarismo inglés, porque mientras el primero ha sido sumiso a la persona del monarca y de carácter consultivo, en el segundo ha asumido todas las responsabilidades de la administración, dejando al Rey en calidad de simple símbolo de la monarquía.

El carácter decorativo del Reichstag viene de lejos. No es una novedad del regimen totalitario inaugurado por el Fuhrer. El antiguo parlamento sólo se diferencia del actual en que mientras a aquel le era lícito disertar sobre las diferentes ideologías políticas que tenían vida en la nación, al actual sólo le es permitido discutir en el tono obligado del nazismo. Sus 670 miembros de idéntica ideología política, es más que todo un centro de propaganda y de dominio.

El derecho constitucional, administrativo e internacional, dentro de esa dictadura absolutista, quedan aprisionados por la voluntad del Fuhrer, autoridad suprema y todopoderosa.

El nazismo opina que las instituciones republicanas constituyen el medio natural en que prosperan, como en terreno abonado, las enseñanzas disolventes, señalando entre ellas al socialismo revolucionario: "La democracia occidental de hoy,—ha dicho Hitler,—es precursora del marxismo, que sería inconcebible sin aquella. Es terreno propicio para que germine esta universal pestilencia. En su forma externa de expresión—el sistema parlamentario — atraía como monstruosidad de cieno y fuego, en el cual, muy a pesar mío, el fuego parecía haberse consumido con excesiva rapidez". (Ob. cit., pág. 31). Este concepto es decisivo para resolver la suerte de la representación popular al semblante de un orden político totalitario, reñido con la amplitud y tolerancia democráticas. Los sistemas empeñados en no escuchar más que el *ritornello* mono-rítmico del tono oficial, están condenados a vegetar dentro de las iniquidades de la opresión que degradan lejos de elevar la dignidad de la ciudadanía.

Un partido político, como el nacional-demócrata, que se desenvuelve al amparo de una organización militar, tiene que pagar tributo al ejército. Y tanto mayor es el reclamo para el sostenimiento de la fuerza armada en la categoría de primer estamento nacional, cuanto que el nuevo imperio debe desarrollarse sobre el criterio claro y consciente de una autoridad fuerte y robusta, como instrumento del gobierno, con la vivencia de la idea del derecho como una noción de fuerza, con los irrenunciables anhelos de ensanche territorial para la subsistencia del pueblo, y con el natural deseo de vindicar agravios nacionales e imposturas humillantes. A mantener y a elevar el antiguo esplendor de las armas se encamina la finalidad del capítulo 22 del Programa de Munich que dice: "Exigimos la abolición del ejército mercenario y la formación de un ejército nacional".

A juicio del caudillo nazi la gran guerra no se perdió por culpa del ejército, sino por efecto de las doctrinas disolventes y derrotistas del marxismo, que llevaron la desmoralización a las filas combatientes. De este convencimiento, real o aparente, es el motivo en que se basa el anti-socialismo del partido nacional-demócrata, y es también la razón en que se apoya el propósito de hacer de la fuerza armada el nervio y el sostén del Reich.

Hitler propugnó durante el curso de toda su campaña política, por el restablecimiento de las milicias sobre el antiguo patrón imperialista, con servicio obligatorio y rearme ilimitado. Añorando la magnificencia de las tropas del Reich, dice: "Aún cuando hubieran transcurrido millares de años, no será posible hablar de heroísmo sin evocar el recuerdo del Ejército Alemán que combatió en la Gran Guerra. El casco surgirá al través de las nieblas del pasado como un perenne monumento a la inmortalidad. Mientras existan alemanes, éstos habrán de pensar que aquellos fueron hijos de su nación". (Ob. cit., pág.62).

Los anhelos internacionales del partido nazi apuntan a dos temas ingentes, y por demás muy justos: sacudir las humillantes estipulaciones del tratado de Versalles, para que Alemania recobre su plano de paridad con las demás potencias; y conquistar el dominio de las colonias perdidas como secuencia forzada de la guerra. Estas aspiraciones implican la urgencia de reconstruir las armadas de guerra y de comercio y de atender al sistema de defensa de la nación, sin cortapisas deprimentes. Tales objetivos, con todo y la equidad que quiera reconocérseles, son objeto del mayor recelo por parte de los demás países, por lo que tiene de agresivo y amenazante el germanismo providencial que anima a la política del Reich. Inglaterra, que heredó las colonias alemanas, y Francia, la mortal adversaria, son los países a quienes más directamente hiere el programa de reinvicaciones tudescas.

La propaganda de rearme y defensa atrajo a las filas del nacional-social-demócrata, en proporciones de unanimidad, a los excombatientes de la gran guerra. Muchos pensaron que era la hora de hacer pesar el sable en la balanza de los destinos públicos. Pero cuando sonó la hora del triunfo y un sector militarista quiso desviar los rumbos del movimiento popular, tratando de hacer intervenir al ejército en la política, el Fuhrer, con drasticismo ejemplar, puso al margen a los disidentes y dió a la fuerza pública su puesto de defensa para la nación y de respaldo para el poder.

La actitud del jefe nacionalista ante un posible resquebrajamiento del sistema que encabeza, ameritan sus singulares dotes de mando, sus convicciones de elemento de orden y su face constructora. Cualquiera que sea el porvenir de la dictadura nazi, siempre quedará constancia del alto valor de Hitler como director de multitudes, como organizador y como propagandista de dominio y elocuencia indiscutibles; pero sobre todo, como individuo de férrea voluntad y de constancia en la lucha, como deben serlo los paladines selectos de esa falange de héroes que por cuatro años se enfrentó a los ejércitos coaligados del mundo.

(Sigue en la entrega próxima)

Cárdenas, visto desde Cuba

Por ALBERTO ARREDONDO

= Envío del autor. La Habana, marzo de 1937 =

Ver desde Cuba al extranjero, resulta difícil, cuando no imposible. Hombres e instituciones aparecen siempre escondidos tras una nube hiperbólica de elogios o dicterios. La función, constructivamente curiosa, de ponderar en su justa significación la actitud de un hombre y el cariz de un acontecimiento, tropieza con grandes obstáculos en nuestro medio insular. Vivimos transidos de influencias de toda índole; subordinados material y espiritualmente a toda clase de colonialismos. Si de Europa y de Asia sólo nos llegan tendenciosos noticiarios, de nuestra América ni siquiera recibimos un surtido periódico de informaciones. Claro que la culpa es de ambas partes. De los que nos colonizan y de los que nos dejamos colonizar. Por fortuna ya el Continente viene reaccionando, y por la revista, por el libro, por el folleto, por el radio, vamos recopilando materiales de análisis y pautándonos líneas de meditada acción constructiva.

¿Habrá que decir que de México se conoce poco en Cuba? Hasta elementos que se precian de cultos, ignoran la realidad mexicana. Aquí impera lo anecdótico, lo accidental, las fotografías informativas, que con sus desnaturalizadores retoques, envían las agencias extranjeras. ¡Rebeldía anárquica, bandolerismo, motines, bravuconería, etcétera! A esto queda reducido México, para placer del imperialismo norteamericano y de sus rapaces aliados criollos. Los ejemplos que en lo político, como en lo económico y social, podría tomar de México nuestro pueblo, son sistemáticamente ocultados. Cárdenas se presenta así, ante el pueblo cubano, como un General más, como un Presidente de extracción militarista, en cuya actuación prima más lo personal que lo colectivo, más la demagogía que la realización valedera. De ahí que exista en nuestro ambiente una exigencia imperativamente marcada. ¿Quién es y qué representa el actual Mandatario de la República Mexicana? Al intentar satisfacerla, puede que en nuestra respuesta vaya —aunque en apretada síntesis— una opinión sobre la fascinante realidad del México revolucionario.

Lázaro Cárdenas, nació cuando el Porfirismo y la llamada "inteligencia" estaban en pleno apogeo: 21 de mayo de 1895. Don Porfirio —caudillo que detentaría el Poder por treinta años— injertaba trabajosamente en México la cultura europea y el maquinismo norteamericano. El y sus secuaces, deslumbrados por lo exótico, no podían provocar el alumbramiento de lo autóctono. Al calor de palabras francesas y signos monetarios norteamericanos, avasalladoramente crece el latifundio, el privilegio de la clerecía y la miseria de los desposeídos. Hidalgo, Morelos, Mina, que plasman la Independencia en 1821, contemplan desde la tumba cómo la enunciación principista de "México para los mexicanos", en boca de Porfirio Díaz se convierte en cruel paradoja. Flores Magón y Abraham González, como otros miles de criollos, purgan en el cementerio o en cualquier olvidado rincón del territorio azteca, el delito de amar en México la libertad y la justicia.

Si lo físico del joven Cárdenas se tonifica con el campo, lo moral también se desarrolla con el campo. Todo él resulta trasunto de la tierra. Como el Anteo de la mitología, la amantísima tierra es madre que le brinda siempre fuerza corporal y vigor moral. La Naturaleza que le rodea es fecunda y sana. Los hombres que le rodean son explotados y pasan hambre. ¡Absurda paradoja que conforma el carácter de Cárdenas! Sin medios para una educación profesional, deja las primeras letras para buscar el sustento de su madre y sus hermanos. La muerte del padre, deviene doble responsabilidad. De hijo y de jefe de casa. Cúmplelas fielmente, primero de meritorio en una escribanía y luego como tipógrafo, hasta que a la llamada de la tierra, que insurgía revolucionaria, responde con lo único que podía dar: su brazo, su coraje, su vigor físico y su verticalidad moral. Desde Jiquilpan, a los 18 años, consagra el rudo ejercicio de las armas, a la defensa del sano principio de reconquistar la tierra. Su fecundidad asombrosa, no podía ser privilegio de unos cuantos. El indígena y el criollo, tratados como bestias, tenían que revalidar, con la tierra, la justicia que inspiró el batallar indenpendentista. La guerra de guerrillas, a las órdenes del general Guillermo García Aragón, es su predilección, su fuerte. La táctica y la estrategia otros las podrían aprender en los libros. Cárdenas las iría aprendiendo en la lucha diaria. Recorre Michoacán, sorprende la plaza de Aguililla y, con el combate de Purépero, Cárdenas obtiene el grado de Capitán Segundo. Más tarde, después de sus luchas en la cuesta de Arucha y en Tujumulco, al recibir el ascenso a Teniente Coronel, puede decir, como Maceo, "que él no nació Jefe de revolución", porque sus galones los va arrancando a la muerte, con acciones de coraje y ejemplos de valentía. Para él el "Plan de San Luis de Potosí" era algo más que un papel de agitación caudillista. Sintetizaba el fervoroso anhelo de una emancipación que él sentía dentro de sí, como carne de su carne y como sangre de su sangre, y que reclamaba, imperiosa y bravía, la tierra del peonaje hambriento y miserable. Derrocado Porfirio Díaz, Madero es el principio emancipador hecho cerebro. Pero sólo en la teorización inactual y reculadora. La Democracia pierde su sentido cuando no va enraizada a las condiciones económicas de la mayoría. Con el "Plan de Ayala", Emiliano Zapata es el principio emancipador hecho brazo, hecho actualidad relizadora, es la tierra que reclama sus derechos. Frente a Huerta, que capitaliza la acción retardataria y que va al método represivo y a la acción contrarrevolucionaria, Cárdenas, con la tendencia constitucional, apoya a Carranza. Por su debilidad actuante, Madero queda atrás sólo como un símbolo. Y delante, delante está la realidad, como una promesa y como un acicate. Por eso Cárdenas rompe con el huertista general Morales y en Agua Prieta se pone a las órdenes de Plutarco Elías Calles. Es el 27 de marzo de 1915. Entre combate y combate, acaso Cárdenas analizase la situación. El movimiento revolucionario carecía de una orientación programada, de una teoría que cohesionase a sus figuras directrices. Todo era intuitivo. Todo quedaba a la voluntad de los hombres. Quienes de verdad luchasen por reconquistar la tierra y proteger a las masas mexicanas, esos serían los mejores y había que escoger, rápidamente, entre unos y otros hombres. Cárdenas, militar, no se equivoca. Cárdenas, campesino, no yerra. El constitucionalismo de Carranza, significaba la posibilidad reivindicadora del momento histórico.

Sobre la frontera de Sonora resiste con Calles un cerco de 112 días. Las tropas indomables de Doroteo Arango (el célebre Pancho Villa) vuelcaban sobre la heroica resistencia de Naco, todo el ímpetu de su poderío bélico, de su entusiasmo caudillista, de sus anárquicos y valientes impulsos combativos. Pero frente a ellas, ¿no estaba la tierra, —convertida en hierro, en táctica, en estrategia—, no estaba la tierra—convertida en mística, en valor, en convicción— como fuerza material y espiritual invencible? Cuando salen triunfantes del cerco villista, lleva Cárdenas los galones de Comandante de Caba-

llería, que estrena victoriosamente en Nogales y en Gallardo, donde su empuje y su rapidez en el ataque, dan para las tropas de Calles los triunfos de Cabullona y Anivachali. La mención honorífica que el General Calles le brinda en el parte oficial, la abona con creces de combatividad, astucia y talento militar en Agua Prieta. Allí, para resistir todo lo que pudiera, le había mandado Calles. ¡Las puertas de la muerte siempre estuvieron abiertas ante él! Tratábase de proteger la retirada de la división, frente a las tropas de Pancho Villa, que aunque en plena derrota y de descalabro en descalabro, avanzaban frenéticas y devastadoras. Con sencillez y sin comentarios, recibe Lázaro Cárdenas, por esa operación, el grado de Coronel el 1º de Octubre de 1915.

Estamos ahora en el proceso constituyentista que culminaría el 1º de Mayo de 1917. Cárdenas no se cree genio, ni estadista, ni político. Se basta con sentirse militar: con ser un brazo y un cerebro para defender con las armas en la mano los fueros de la revolución. En el aspecto constructivo de ésta, tiene fé y tiene confianza en los directores. Tampoco Cárdenas siente delirios de mando. La envidia nunca se anidó bajo su uniforme. Si alguna ambición tenía, era la ambición fecunda y gloriosa de ir siempre al frente a defender denodadamente la tierra. Y todo esto se sabe. Y por eso le quieren y admiran desde los peones hasta los intelectuales. Tres años de formidable campaña de pacificación por Yaquis, Chihuahua, Michoacán, ratificaran la honradez, la rectitud y la valentía de Cárdenas. Sobre todo, su talento. Un talento sin flores ni artificios. Talento natural, transido de la sencillez del campo, con olor a tierra, con los períodos de calma y tempestad de la naturaleza que le circunda. Como en la imagen de Martí, parecía que era uno de esos hombres "hechos para no desmontar nunca". No llega todavía y ya parte. Ahora es para pacificar Veracruz, donde otra vez, por los derechos del constitucionalismo, combate contra la imposición anti-democrática de Carranza en Tuxpan y en Papanfla. Pasa por el Istmo de Tehuantepec como un bólido y llega a Irapuato y acampa en Tabasco. Tras breve receso, va a ganarse las estrellas de General de Brigada en una campaña brillantísima contra las sublevaciones de Estrada y de Sánchez. Luego viene la paz. Pero ¿existe la paz para Cárdenas? ¿Es que la vida para un revolucionario puede dejar de ser lucha continua, incesante batallar, orquestado siempre con la lucha de un pueblo frente a los tradicionales enemigos de la tierra y de la libertad? Lo vemos así en la Huasteca Veracruzana ganándoles pleitos a los petroleros, aplausos a los trabajadores y vigor a su integridad moral. Contra él se amellaron los cuchillos del soborno. Era tal su honradez, que cuando espontáneamente le postulan Gobernador, no solicita fondos para la campaña. Los revolucionarios —acaso nos dijera Cárdenas— no pueden seguir los mismos trillos que los reaccionarios. "Que me tomen por lo que valgo, no por lo que podría valer al calor de repartimientos de dinero o de elogios hechos por un hábil manejo del idioma". Para que su actuación en el Gobierno —porque el pueblo no se engaña en sus entusiasmos y le eligió Gobernador— fuese lo más fructífera posible, recorre personalmente todos los pueblos del Estado, estudiando todos los problemas, desmenuzando todos los detalles, consultando todas las opiniones. Del recorrido trae el perfume de una flor tacambara: Amalia Zolórzano. Cuando se casa, el rostro de Cárdenas refleja esa sana y sencilla ternura del hombre que no sabe de europeísmos enamoratorios. La pureza del campo mexicano, alumbrada por la revolución, es una e indivisible. Y a Cárdenas los esplendores artificiales de no menos artificiales ciudades, nunca le han atraído. Funde su vida en el amor, con la misma sincera consagración que la fundió con la revolución. Es un complemento. Gobernador, en solo cuatro años reparte tierras a 181 pueblos. En diez años anteriores, sólo se había dado tierras a 124 pueblos. Promulga leyes reconociendo y garantizando el derecho de los trabajadores; establece la escuela única, da vida a la Enseñanza Técnica Industrial, socializa las normas universitarias, auspicia la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo y crea un original Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas, para estudiar la realidad del Estado. No es Cárdenas ese tipo de gobernante empírico y retrasado que todo lo quiere hacer y todo dice saberlo hacer. Por el contrario, siempre ha querido incorporar la técnica, la ciencia y la especialización a todas las labores gubernamentales. Pero sobre la base del conocimiento profundo de la realidad. Atrás los formularios extranjerizantes. México reclama soluciones elaboradas sobre la propia tierra. Si queremos librarnos del colonialismo imperialista, librémonos antes del colonialismo ideológico. Este parece ser el lema de Cárdenas. Lema que plasma en hechos concretos. No ofrece lo que no puede dar. Pero, eso sí, da siempre lo que promete. Y él mismo va, de lugar en lugar, a estudiar, a organizar, a refrescar sus vínculos con el campo, a empaparse del olor de la tierra, a saborear el manjar revolucionario de los ejidos en ebullición.

A partir de la gobernación de Michoacán su personalidad política toma ritmo acelerado. Cuando en 1929 estalla una rebelión en Sonora, Cárdenas marcha velozmente a sofocarla. Al regreso, trae un triunfo más para el movimiento, una satisfacción más para su espíritu y 93 mil pesos más para el Tesoro Mexicano. De los cien mil que le entregaron para la campaña no tocó más que justamente lo necesario: apenas siete mil pesos. ¡Las cuentas corrientes en Bancos extranjeros y con nombres cambiados, no existían para el futuro Presidente! Su honradez ya se conocía. Primero fué la devolución de 20 mil dólares a unos comerciantes que ayudaron a la revolución armada; luego había sido su Administración en Michoacán nivelada a costa de rebajas en el propio sueldo y meticuloso empleo de las cifras presupuestales. Pero ahora, ante este hecho sin precedentes, Cárdenas se presentaba ante el pueblo con fuertes tonalidades, con rasgos de que carecían otros líderes que se entregaban al lujo o a las "viejas". Se produce poco después una crisis política y asume la Dirección del Partido Nacional Revolucionario. Ya tenía el grado de General Divisionario y desempeña con éxito la Cartera de Gobernación. Pasa brevemente por la Jefatura Militar de Puebla, se hace cargo de la Secretaría de Guerra y Marina y luego es postulado Presidente de la República.

Estudioso, trabajador, modesto. Cárdenas había ido evolucionando. Su talento natural fué desarrollándose al ritmo zigzagueante de la revolución. De Militar pasa a Estadista, a político de envergadura. Al calor de la realidad, cultiva una concepción revolucionaria. Los típicos problemas de México, las necesidades que su mente de niño campesino había contemplado, las que fué captando en sus épocas de Gobierno, tomaron forma concreta y precisa de realización. Lógico era que contra esta teoría, chocaron los actos persona-

(Concluye en la página 250)

El mástil desnudo

= *Colaboración*. Costa Rica y abril del 37 =



Madera de *Adela de Lines*

¿Por qué? ¡Oh viento anhelas!
sobre este mi despojo, tanto afán.
¡Oh inquietud en velas!
que ya rotas están.

¡Oh alma ya en jirones!
¿Cuál grito te desata?
Mástil sin ilusiones,
¡oh desnudez que mata!

¡Oh arresto! Oh fe prendida
en nube sin estrella.
¡Oh música perdida!
¡Oh amor sin estar ella!

¡Oh búsqueda! ¡Oh sosiego!
venid a tempestad y a duelo.
¡Oh ansia ya de ver, no siendo ciego!
Bajo estas alas rotas dadme un cielo.

Señor, una ancla que paz deje,
quietud del árbol, resignación de rama
por nido que hoy se teje
que cobra alas y de nuevo ama.

Max Jiménez.

Puntarenas, abril, 1937.

Contraste

(*Fajistas y republicanos en España*)

= Fragmento de una carta aérea de París al editor del *Rep. Am.* Con fecha 11 de abril de 1937 =



Sabios de pacotilla

Madera de *Laporte*

Querido don Joaquín:

...Por si acaso, le voy a enviar aquí algunos documentos de primera importancia sobre los prisioneros italianos cogidos en Guadalajara y los alemanes cogidos en Vizcaya, que son cosas que hay que meter por todas partes. Parece increíble que ocurran esas cosas, que se publiquen pruebas indudables y siga todo el mundo durmiendo la siesta y dejando a Italia y Alemania campar por sus respetos.

Le voy a dar también algunas noticias, alguna de los cuales acaso conozca Ud.....

....** había estado pocos días antes hablando muy largamente con Unamuno y fué ella quien dió la información que Ud. habrá visto publicada (lo primero fué un artículo en *L'Humanité* y otro en *Vendredi*) sobre la posición de Unamuno últimamente, absoluta y violentísimamente en contra de los traidores. Esa información ha sido completamente confirmada por el holandés De Brouwer que también había hablado con él en esos días. Pocos después de llegar **, murió Unamuno. En esos días Montes se llamaba discípulo suyo, etc., con el mayor cinismo; pues bien: el mismo Unamuno contó a ** que Montes se había presentado a Unamuno con otro falangista diciendo que venían a verle ahora que tenían las mismas ideas. Unamuno lo miró de arriba abajo, le dijo que él no sabía lo que era tener ideas y lo echó de su casa. La odisea terrible ha sido la de la familia del novelista Sender. Su padre y su hermano fueron fusilados en Huesca. Su mujer y dos niños estaban en la zona rebelde; al verse sola se fué a Zamora donde tenía dos hermanos. Cuando llegó, una había ya sido fusilado por ser republicano. El otro fué fusilado poco después y todos sus bienes y casa confiscados: ella se quedó en la calle. Como no se había metido en nada, etc., fué a pedir un pasaporte al Gobernador: fué detenida y encarcelada y un mes después le arrancaron la niña que amamantaba, le llevaron un confesor y la fusilaron. Acaba de recuperar sus niños que se quedaron en la calle, por la Cruz Roja. Esto se ha sabido por un evadido.

Una compañera que ha trabajado maravillosamente durante la guerra en lo de bibliotecas, tenía su familia en zona rebelde. Un hermano fué movilizado y en cuanto lo han llevado a un frente se ha pasado a nosotros. Ha contado que fusilaron a su padre, médico republicano, y a su hermano el mayor; su madre y su hermana, maestras, han sido destituídas. Otro hermano acaba de ser enrolado y se pasará en cuanto pueda. Figúrese qué ejército el de ellos, lleno de gentes a quienes han asesinado la familia; no puede tener moral, como no sea la nuestra. Así se explica que sólo puedan tener extranjeros combatientes.

Maestros han fusilado el 60 por 100, otro 20 por ciento está destituído o en la cárcel, el resto es el que está ejerciendo. Ya sabe Ud. su consigna: Muera la Inteligencia. Un periódico falangista de San Sebastián y otro de Pamplona habían empezado a hacer pinitos literarios; llevaron su desfachatez hasta publicar un artículo elegíaco sobre García Lorca. Pues ya les han llamado la atención y esos dos periódicos (*Unidad* dirigido según parece por Giménez Caballero y *Arriba España*) han abandonado toda pretensión literaria y se limitan a publicar noticias de guerra y proclamas del mando faccioso. Allí no hay más inteligencia que la de Queipo.

De la epopeya que está escribiendo el ejército Popular, para qué vamos a hablar; eso lo habrá Ud. visto en la prensa. Si sólo hubiera eso, podíamos estar tranquilos. Lo inquietante es la confabulación internacional contra nosotros; la indecente farsa del control; que se haya demostrado la intervención del ejército italiano y todo el mundo siga tan fresco y el Comité de Londres sin enterarse, etc.; el papel de Inglaterra es repugnante. Con tal que Italia se tome el trabajo de disimular un poco las formas, están dispuestos a dejarle hacer lo que quiera.

Claro que también eso cambia no poco con los éxitos de nuestro ejército. Aquí hay un grupo de muchachos americanos que hacen un boletín de información *Nuestra España* que seguramente recibe Ud.

Cultura Popular sigue trabajando. La central de Valencia está en marcha con intensidad creciente. Al mismo tiempo y dentro de lo posible, la organización de Bibliotecas del Estado también se está reorganizando sobre bases nuevas. En plena guerra, los Institutos Obreros de bachillerato abreviado, son un éxito. En cuanto haya un poco de margen, aún antes de terminar la guerra, todas esas labores culturales y todas las creadoras de todas clases, tomarán un auge enorme. Si ellos no quieren inteligencia, nosotros sí; el pueblo sí. Quieran o no, crearemos una nueva cultura. Supongo sabe Ud. que el analfabetismo, el tremendo analfabetismo español, se está liquidando en nuestro campo rápidamente. Dentro de poco no habrá un solo soldado del ejército Popular que no sepa leer y escribir. Las Milicias Culturales trabajan sin descanso en plena línea de fuego. Es magnífico; y todo ello, no por iniciativa providencial del Gobierno, sino por presión de las mismas masas. Las trincheras están hoy inundadas de escuelas y rincones de cultura donde se trabaja diariamente, entre dos combates. En la zona gubernamental sola, se venden hoy muchos más libros que antes en toda España, eso a pesar de que al mismo tiempo se reparten gratuitamente en enormes cantidades.

Con un pueblo así, no van a poder, ¿verdad don Joaquín? ni aunque se confabulen todos.

Le saluda cordialmente.

**

Por aquí pasan con frecuencia algunos huídos del infierno fascista. Algunos para huír tiene que ir a cualquier país de América. En cuanto tocan tierra, toman el primer barco y se van a España a luchar. No falla uno.

Padres e hijos

Su padre (*) era más cuidadoso en otros aspectos.

"Su refinamiento y delicadeza de espíritu eran tales—escribía Manning más tarde—, que nunca oí de su boca una palabra que no pudiese decirse delante de las personas más puras y sensibles, excepto—agrega—en una ocasión. Aquella vez se le obligó a repetir un cuento de un negro, que aunque no contenía ninguna maldad de sexo, era grosero. La narró riéndose mucho. Su ejemplo hizo que me disgustaran tales charlas".

La familia vivía en una atmósfera de piedad evangélica. Un día la madre preguntó al pequeño, que volvía del patio, si había visto el pavo real. "Yo dije que sí y la nodriza dijo que no, y mi madre me hizo arrodillarme y rogar a Dios que me perdonara por haber mentido". A la edad de cuatro años, un primo le contó al niño que "Dios tenía un libro en el cual anotaba todo lo malo que nosotros hacíamos". "Esto me amedrentó en tal forma, que recuerdo que mi madre me encontró cierta vez debajo de un escritorio, muy asustado. Nunca he olvidado esto—el cardenal nos cuenta—, y ello ha sido una gran bendición para mí. Cuando tenía nueve años, devoraba el Apocalipsis y no he olvidado nunca tampoco, el lago que arde con fuego y azufre. Ese verso me ha resguardado de todos los peligros, sobre todo en mi juventud".

(Las refiere *Lytton Strachey* en su libro *Victorianos eminentes.* Ediciones *Ercilla.* Santiago de Chile. 1937).

(*) El del cardenal Manning.

Cárdenas visto desde...

(Viene de la página 248)

les e institucionales de Calles, sus amigos y sus empresas o sea: "el callismo". Pero gran táctico, en la guerra como en la política, Cárdenas no podía dar pasos en falso. Jugábanse los intereses del pueblo. Para Calles, Dictador político, Cárdenas resultaba un instrumento. Dialéctico, sabe que en el "tiempo" hay negaciones y retrocesos que son afirmaciones y avances. Cuando llega a la Presidencia, el General Lázaro Cárdenas prepara el campo de batalla, recorre los lugares vulnerables, toma los caminos, perfecciona las armas... y cuando el adversario quiere atacar, es tarde: está desarmado, le han sorprendido.

Calles constituía en la realidad mexicana una entidad caduca, precaria. Fue, cuando más, un revolucionario de su época. Ahora resultaba inactual. En lo externo y en lo interno. Personificaba la etapa transicionista que tuvo que recorrer el movimiento revolucionario y que él, de buena o de mala fe, trató de hacer permanente, perpetua. Teniendo que salvar factores de toda índole,— imperialismos extranjeros, falta de solidaridad indoamericana, clericalismo, terratenientes, etc.,— en vez de vencerlos o neutralizarlos constructivamente, Calles se entregó finalmente a ellos. Quiso estancar o congelar una evolución social en que el transicionismo debió ser etapa efímera, provisional, y siempre llena de pugnacidad transformadora, de insurgente renovación. El frente único clasista que históricamente impone esta etapa, Calles resulta incapaz, no ya de sostenerlo, sino de interpretarlo cabalmente. Obreros, campesinos y clase media, tenían que tomar el Estado para convertirlo en instrumento defensivo. Por su presente y por su porvenir. Pero el Estado-Antiimperialista para Calles se distingue muy poco de un Estado-Gendarme. La descentralización, el regionalismo económico, la Democracia Funcional, son fórmulas de afianzamiento popular y emancipador que el Dictador del México revolucionario, desconoce o no intenta realizar. El Estado deviene, en manos de Calles, primero aparato reivindicador de la clase media, y después instrumento de poder francamente reaccionario. Vinculada a la Nación, inter-dependiente con obreros y campesinos del sistema económico de México, la clase media a la postre se ve explotada también por el sistema en que se apoya Calles. Por eso Cárdenas se impuso. Mientras Calles sólo podía hablar a los intereses retardatarios, Cárdenas hablaba a los intereses revolucionarios. La voz del primero fué acallada por la del segundo, que era multitudinaria. El mérito, y mérito grande, de Cárdenas, estriba en haber podido sorprender a Calles; en haber tomado los resortes de ese Estado, sin que ocurriera previamente una colisión; esto es, sin concitar sobre sí, en movimiento armado o en combinación política, a las fuerzas que aupaban al callismo. Cuando dichas fuerzas quisieron insubordinarse, era tarde. Ridículas intentonas, tuvieron la efímera vida de los cohetes conmemorativos.

Hoy Cárdenas se entrega a una tarea extraordinaria de construcción social. El Plan Sexenal—síntesis científica de ejecutoria gubernamental— se lleva triunfalmente a todos los rincones de la República, convertido en mejoras y beneficios de toda índole: tierras para el campesino, escuelas, obras públicas, construcciones sanitarias, defensa del Derecho Sindical, protección al arte y a la profesionalidad. Solamente en un día—conmemorando la festividad del Trabajo—Cárdenas repartió 522.936 hectáreas en 353 poblados, beneficiando a 36.856 jefes de familia. A la terminación de este plan, de cuyo detalle hay que ocuparse en trabajos más documentados, se habrá cumplido una nueva etapa de la evolución de México hacia la justicia social. Y acaso para el nuevo Plan de Acción Gubernamental sean incorporados a los organismos defensivos del Estado, los núcleos sociales que históricamente deben asumir esta labor de defensa: clase obrera, clase campesina y clase media. La Democracia Funcional, al darle a estas clases el manejo de sus propios intereses, les dará también el control de la revolución. Podrá hablarse, entonces, de su afincamiento permanente, casi definitivo. Mientras tal no se haga, seguirá el movimiento la caprichosa y personalista hegemonía del hombre que ocupa la Presidencia. Ayer un Calles, hoy un Cárdenas y ¿quien brinda garantía para el porvenir? Convengamos que así como Cárdenas representa la rectificación socialista, un nuevo Calles puede representar el retroceso reaccionario. Y Cárdenas, pese a todas las enunciaciones y pronunciamientos, frente al apotegma terminante de *sufragio efectivo y no reelección*, tiene el deber de velar por el movimiento revolucionario que él ha viabilizado en el Poder. Una aspiración, un anhelo, una voluntad, una orden colectiva, lo fuerza a ello. Municipios funcionales, democracia económica, frente único clasista en todos los organismos del Estado, he aquí la más lisonjera solución.

¿Serán esos los objetivos de Cárdenas? Esperemos. Cárdenas es un gran táctico. En la guerra como en la política. Y va cotidianamente a empaparse del olor de la tierra, a saborear el manjar revolucionario de los ejidos en ebullición. Va también a la unión de todas las fuerzas revolucionarias de México, por medio del "frente popular". Y va,... va hacia el porvenir.

Con España, con su Gobierno y con su libertad están los intelectuales chilenos

= Del follèto *Escritores y Artistas Chilenos a la España Popular*. Santiago de Chile, noviembre de 1936 =

Otra vez España es el campo de batalla entre antagonismos irreconciliables. Dos Españas chocan y se combaten una vez más: una que es la expresión de su suelo y otra que intenta de nuevo invadir sus tierras. La España del Cid libertador; la que supo enviar a Cristóbal Colón como emisario del progreso; la España popular con que Riego soñaba hace ya cien años; la que fué ideada persistentemente por Castelar; la que produjo a Ramón y Cajal para la ciencia de la humanidad y la que con Cervantes, Góngora, El Greco, Goya, Valle Inclán, Manuel de Falla, Pablo Picasso y centenares de genios, dió con creces su cuota para el arte mundial; el Estado republicano de Manuel Azaña; las falanges obreras de Largo Caballero y La Pasionaria; la España de los héroes de la ciencia, del arte y la libertad ha sido agredida en mitad de su camino ascendente, por la falsa España de los Austrias; de Torquemada y la Inquisición; de Fernando VII, el rey felón y verdugo de América; de los Borbones nauseabundos, de los jesuitas Calvo Sotelo y Gil Robles; la de los generales africanos, sedientos de sangre, como Mola, Franco, Cabanellas y el beodo Queipo del Llano; del bandolerismo fascista desencadenado por la Legión Extranjera, y de Juan March el banquero contrabandista.

De un lado, vemos flamear la libertad, vemos el horizonte del porvenir, el orden popular, la organización consciente, el derecho, la paz, la justicia y la cultura. Del otro, la tiranía obsecada, los obscuros abismos del pasado, el pillaje insaciable, el dogmatismo enceguecido, los gérmenes de una nueva guerra mundial, la devastación de las poblaciones, las ciudades ensangrentadas por millares de asesinatos, los hospitales ametrallados, las iglesias y los tesoros del arte convertidos en cuarteles, la vida sofocada y el porvenir destrozado.

Hoy que España es de nuevo el campo de batalla entre el pasado y el porvenir, hoy que en ella luchan a muerte dos principios

opuestos: el fascismo y la libertad; hoy que nuestra España es nuevamente el corazón de la humanidad, es más España que nunca. Y como nunca también sentimos que su sangre es nuestra sangre y su lenguaje es el nuestro, su historia es la historia de nuestra existencia, y repudiamos a los que, en nuestro propio país, desde la tribuna, la prensa o los cargos públicos, se suman a las hordas de la Legión Extranjera. Por eso estamos contra el fascismo internacional que alimenta la rebelión anti-española, y nos colocamos junto a los que, desde cualquier país u organización, extienden su brazo para apoyar al pueblo español. Por eso, nosotros intelectuales de Chile hoy que es el Día de la Raza hispana, reunimos nuestras distintas voces, nuestras variadas opiniones y nuestra acción dispersa, para colocarnos de parte de la España siempre joven, que una vez más renace y que, asaltada, herida y ensangrentada, escribe nuevas páginas para la historia del progreso. Por eso, impedidos materialmente de sumarnos a sus heroicas milicias de la libertad, le ofrecemos nuestra voz, le ofrecemos nuestros corazones y recogemos para Chile su ejemplo fecundo.

Augusto D'Halmar, Vicente Huidobro, David Cruz Ocampo, Pablo de Rokha, Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Luis Alberto Sánchez, Víctor Domingo Silva, Januario Espinosa, Carlos Préndez, Saldías, Juan Emar, Marta Brunet, Aníbal Bascuñán, Hernán Gazmuri, Lorenzo Domínguez, Hernán del Solar, Angel Cruchaga, Manuel Eduardo Hübner, Boris Orjikhs, Marta Bergara, Jorge Caballero, Carlos Sepúlveda Leyton, Eugenio Orrego Vicuña, Rosamel del Valla, Winett de Rokh, Laura Rodig, Gerardo Seguel, Julio Barrenechea,, Manuel Rojas, Eugenio González, Julio Walton, Gerardo Ortúzar, Salvador Reyes, María Valencia, Israel Roa, Samuel Román, Enrique Mosella, Juvencio Valle, Germán Montero, Eduardo Anguita, Gabriela Emar, Benjamín Subercaseaux Zañartu, Blanca Luz Brum, Jorge Oteiza, Carlos Vattier, Eduardo Molina, Braulio Arenas, Miguel Serrano, Julio Molina, Alfredo Irisarri, Anuar Atías, Enrique Gómez Robinson Gaete, Raúl Jara, Helio Rodríguez, Eduardo Lira Espejo, Jaime Dvor, Andrés Sabella Gálvez, Hernán Cañas, Carlos Poblete, Jacobo Danke, Omar Karolus, Victorino Vicario, Uribe Castillo, Hermosilla Alvarez, Volodia Teitelboim, Dr. José Miguel Calvo, Dr. Julio Cabello, Dr. Garafulic, Dr. García Tello, Héctor Fuenzalida, Pablo Garrido, Neftalí Agrella, Augusto Santelices, Oreste Plath, Samuel Letelier Maturana, Eduardo Ugarte, Nicanor Polanco, Laureano Guevara, Gustavo Carrasco Délano, Danor Salinas, Gregorio de la Fuente, Antonio Quintana, María Aranís, Berta Molinare, Humberto Martínez, Albino Quevedo, Manuel Banderas, Marcial Lema, Pedro Olmos, Enrique Martínez, Adrián Jiménez, Rafael Augusto Aguilar, Luis Lucsic, Luis Nieto, Astolfo Tapia, Carlos de Rokha, José Miguel Latorre, René Frías, Mario Nerval.

Los escritores chilenos y la revolución española

= Del folleto *Escritores y Artistas Chilenos a la España Popular*. Santiago de Chile, noviembre de 1936 =

La mayoría de los escritores chilenos está, en este movimiento dramático de la vida peninsular, con el gobierno popular de España. Está por razones de solidaridad; de sensibilidad y de amor a la cultura. Así como en España se han identificado con la causa nacional, que es la de los trabajadores, figuras tan magníficas como García Lorca, Alberti, Menéndez Pidal, Bergamín, Ossorio y Gallardo, Américo Castro, Pablo Picasso, Ramón Sénder, Azorín, Araquistain, César Arconada, Antonio Espina, etc., aquí también los hombres de letras y artistas han expresado ya su opinión favorable al régimen del Frente Popular.

D'Halmar, Latorre, Melfi, Huidobro, De Rokha, Manuel Rojas, Sepúlveda Leyton, Julio Barrenechea, a la par de otros numerosos, ya han manifestado tácitamente su adhesión moral a la España popular que lucha dramáticamente contra el fascismo, el carlismo y el militarismo de la Península.

Hora es ya de que se adopte una posición más franca y beligerante de nuestros intelectuales contra los que aquí han prostituído miserablemente su función de servidores del espíritu en aras del oportunismo periodístico y del fascismo retrógrado.

. . . .

La gran causa de la libertad tiene, en este país la generosa simpatía de los más representativos valores de nuestra cultura. Y no puede ser de otra manera, porque el éxito de los generales facciosos sería en España la restauración ominosa del absolutismo, la guerra a las luces, la persecución implacable al saber laico y moderno, como lo hacen en sus piras de Pamplona y de Logroño, los más retardarios especímenes del filipismo y del borbonismo de la Madre Patria.

Dura tarea es definirse en un instante de agonía. Ello exige deberes y solidaridades inconfortables para los cómodos y para los tibios. Pero ya ha llegado el momento de indicar a los chilenos el sentido trágico del fascismo y del militarismo ibéricos.

España, como lo observó Sénder, ha vivido durante siglos con su cultura en la ilegalidad. Desde que se desmoronó la unidad de Felipe II, impuesta a hierro y fuego, la Península se ha agitado entre dos fuerzas que han pugnado secularmente por sobreponerse. Una es el retorno ciego al pasado, a la tradición borbónica, al estagnamiento, a la Inquisición, simbolizada modernamente por la quema de libros, la persecución a los intelectuales y el proceso por ideas. Otra es la España que se ha hecho raíz y fuente de cultura desde los tiempos de San Ignacio, Santa Teresa, el Padre Mariano, Quevedo, Gracián, Jovellanos y otros valores auténticos del pensamiento hispano pagaron sucesivamente su tributo a la España Negra y oscurantista en que hoy sueñan los facciosos de Burgos y sus aliados chilenos.

Es muy cómodo emocionar a las niñas que suspiran por Don Bosco cuendo leen las novelas de Hugo Wast y a las solteronas menopáusicas y beatas de la Liga de Damas, al escribir las inepcias que en estos días hemos leído con pena y asco por obra de las plumas afiladas en las zahurdas de Plutón con vitriolo y agua bendita. Es muy agradable recoger lágrimas de glicerina describiendo fusilamientos reales o imaginarios que no son sino la réplica de un pueblo esquilmado, explotado, sacudido y vejado durante cuatro siglos de engaños y de turno del poder por las pandillas de generales, diplomáticos, vivillos, aventureros, nobles corrompidos, jesuitas, bandidos de levita y cavernícolas que hablan de *hispanidad*, de tradición, del sepulcro del Cid, de los huesos de Isabel la Católica, del león de Castilla y de otras monsergas con que explotan a los indianos y nuevos ricos de este lado del mundo.

Pero, contra lo que digan ateneístas de cartón piedra y santurrones que no han escarbado en la médula inmortal ibérica, hay otra España que no es la absurda de pacotilla y de atracción de forasteros con que han engañado a los nativos los explotadores de los títulos de Castilla y de las colectas para Don Alfonso XIII, Primo de Rivera o el actual gobierno ignaro de Burgos.

Dice muy bien y con mucha objetividad el escritor católico Fidelino de Figueiredo que existen dos Españas. Una es negra y la otra roja o como quieran pintarla los que creen en ella.

Pero es vergonzoso y digno de excecración que se esté haciendo todavía de la España pintoresca de los toreros y manolas, de las panderetas y de las procesiones con saetas que aparecen arrancadas del averno. Esa es la costra de la trágica España con los campesinos mordidos por el hambre en Extremadura y en Andalucía, mientras los nobles tenían millones de hectáreas para vedados de caza, cotos de diversión y holgadas crianzas de toros finos de corrida. Hay también la España que señaló Costa en su fórmula de *escuela y despen-*

sa; la España de los Giner de los Ríos, de la Institución Libre de Enseñanza, de la Residencia de Estudiantes, de la *Revista de Occidente,* de las mil fecundas iniciativas culturales que trató de ahogar al soldadote Primo de Rivera cuando apuntó los cañones contra los intelectuales con más saña que si se tratara del moro Muza o de Abd-el-Krim.

La España que se defiende en Madrid y Bilbao, la España de la Pasionaria, de Azaña y de Largo Caballero es la que sentimos nosotros, hombres de nuestro tiempo, hispanistas sinceros, conocedores de la vida española a través de su íntimo padecer y de sus soplos inmortales de creación artística. Pero la España negra, esa no. Esa está bien para los arribistas y lechuguinos que desean casar a las hermanas con nobles tronados o toreros que ostentan la cruz de Calatrava o la del Santo Sepulcro.

Hay que decirlo con claridad. Más vale la vida de un auténtico obrero catalán, vasco, madrileño o andaluz, que la de cien nobles caducos o candidatos a la restauración cavernícola, con su cohorte de grandes cruces, latrocinios, derroches, desastres marroquíes y corruptelas sin cuento. Y los que dudaren de que esa España no está por restaurarse si triunfan los facciosos, que lean los discursos del vivillo Queipo del Llano, digno heredero de los siete chavales de Ecija y de El Pernales, bandidos de marca mayor, y que averigüen las causas por las cuales fué expulsado del ejército español por el propio Primo de Rivera, más hombre y más hidalgo en todo caso que todos sus herederos de tres al cuarto.

España permanece en pie aunque se confabulen en su contra todos los peores residuos del pasado: la corrupción lerrouxista, simbolizada por el contrabandista March, llamado el último Pirata del Mediterráneo y por el emperador del Paralelo, como designaban hasta ayer a don Alejandro las derechas españolas; los nuevos espadones de Franco, de Mola y de Cabanellas; los tradicionalistas del Conde de Podezno, que hace honor a su nombre; los filibusteros de Mallorca, nuevos trabuqueros de la Santa Hermandad; y toda la ristra de nobles más o menos bobalicones y borbónicos que sumieron en sangre e ignominia a España desde el mismo día en que se comieron sus entrañas como los buitres fúnebres.

La España de Servet y de Jovellanos, de Ferrer y e Salmerón, de Pi y Margall y de Castelar, de Costa y de Giner de los Ríos, de Feijóo y de Pérez Galdós, la España popular no ha muerto y saldrá más viva y segura de su destino aún de los escombros humeantes y de los lagos de sangre de su actualidad.

Esa España inmortal y auténtica, instintiva y popular, magnífica desde el Romancero y el Quijote, con su Celestina y su teatro revolucionario como la *Fuente Ovejuna* del subversivo Lope de Vega, es la que no entienden o no quieren entender los señores de la derecha.

Pero para recordársela estamos nosotros aquí: al pie de la barricada.

No están solos

Por VOLODIA TEITELBOIM

= Del folleto *Escritores y Artistas Chilenos a la España Popular.* Santiago de Chile, noviembre de 1936 =

Las palabras son pequeñas para expresar la intensidad del corazón, más aún a la luz de una juventud en plena tempestad. A riesgo de que estas cosas sepan a confesión pública, quiero decir que por España vivimos la mayor tensión del espíritu. Vibran nuestras fibras cargadas a la alta frecuencia, a punto de estallar por la angustia y la esperanza. Los hombres se sienten prisioneros de una realidad lancinante. La nota algida de nuestro corazón es la ansiedad, la ansiedad por la suerte de España. Pensando en ella, a veces nos sorprende la vigilia. Muchos conocemos este insomnio, que preside nuestros más profundos desvelos nocturnos, cuando quedamos a obscuras y a solas con nosotros mismos. Oso contar estas experiencias vitales suscitadas por los hechos de España, tal vez demasiado íntimas, porque sé dicho fenómeno patrimonio común, porque sé que constituye un estado de alma colectivo, una comunión de innumerables habitantes del mundo con sus camaradas que viven y mueren entre los Pirineos y el mar.

Precisamente porque la presencia de esas masas heroicas a muchos nos acompaña en noches y días como una sombra luminosa, he deseado estampar algo del inefable drama emocional que su espectáculo desencadena en nosotros, hombres de ultramar.

Minuto a minuto vamos viendo la majestad del pueblo. Leed y admirad: asturianos, catalanes, vascos, gallegos, andaluces, héroes y mártires del proletariado, empujados en la defensa de su destino a transfigurarse en gigantes, prometeos, columnas eternas de la vida, amenazada por los chacales de la inquisición y los murciélagos de las tinieblas, que siembran la muerte a diestra y siniestra. Oigo crecer esas prodigiosas muchedumbres hasta la creación de la felicidad sobre la tierra, luchando porque el hombre sea el hermano del hombre y nadie explote a nadie.

La preocupación por España evidencia la comunidad de todos los pueblos en la revolución. Ella ha dividido el mundo en las mitades históricas. En la mañana y al atardecer, millones de ojos devoran los cables. A cada momento una multitud de miradas de cinco razas y cinco continentes, en Chile, en la desdichada Abisinia, en China, en la U. R. S. S., en Australia, se posa llena de nerviosismo sobre el mapa de la Península y verifica las cartas geográficas, revisa las líneas de batalla y lee las masacres cometidas por los legionarios con la respiración en suspenso, con el alma pendiente de un cabello como si temiera chocar de improviso con el nombre de algún deudo querido. En verdad, allí combate nuestra familia, la gran familia que aspira a la fraternidad humana.

Es para los revolucionarios del planeta un temblor de cosa propia, un asunto de honor la suerte de España. Ella no está abandonada. Por encima de los océanos de la lejanía física y de las separaciones de cuerpo, todos estamos galvanizados por un mismo fuego, abrazados por el anillo de valentía y hierro que detiene la plenitud y el respeto al hombre. En torno a las noticias de la insurrección, los proletarios, los intelectuales auténticos, los hombres honrados, se saben o se entienden vinculados a los camaradas de España por la solidaridad desenvuelta en los instantes supremos del peligro. Cada actitud heroica—España de hoy es la gesta social más heroica de la historia—despierta una aureola, una como presencia misteriosa, como acompañamiento de muchedumbres invisibles a la vez que invencibles. Cada gesto de esas masas ciclópeas queda esculpido en la leyenda, y en nosotros abre paso a una descarga magnética de revoluciones en potencia, a una corriente que nos comunica la hermandad colectiva en esta odisea, en la derrota y en la victoria. Así es cuando más fuertes se revelan nuestras posibilidades dormidas y así también se anuncia que la tierra está llena de hombres como nosotros. Aquí no permanecemos impasibles. Adentro tenemos toda la tempestad de España, hoy más que nunca madre nuestra. Maniatadas por la distancia, sólo podemos proferir que la parte mejor y más pura de la humanidad viva atenta a ella como a la patria del destino. La guerra civil se ha vuelto la substancia misma de las masas. Incorporados a su protoplasma, los proletarios asisten a ella como si asistieran a una rebelión contra sus propias entrañas, y hacen del drama español su propio drama.

Personajes eternos nos deslumbran desde España. Allí no se arrastra la tragedia subterránea, sorda del individuo solitario, allí está ardiendo el estoico sacrificio de la existencia en aras de una sociedad verdaderamente humana. Es el ejemplo de un pueblo en armas que lucha por el pan y por la vida, por la paz y por la cultura occidental.

Allí se trata de ellos y de nosotros. España nos concierne a todos.

A través del cine y de la fotografía evo-

co el rostro y las palabras de la Pasionaria: "Más vale morir de pie a vivir de rodillas". He aquí condensada la voluntad, la decisión de España.

De París a Madrid vuelan los escritores revolucionarios, llevando al pueblo homérico el mensaje de las masas y de los intelectuales de Francia. Desde los más remotos parajes del globo afluyen emocionantes manifiestos. En España se vuelcan los centavos de los hambrientos de pan y emancipación para apoyar a los maravillosos y altivos humildes a punto de emanciparse por los siglos de los siglos. E intelectuales de todos los países se adhieren a los valientes porque bien saben que la insurrección clerical-fascista pretende reeditar la barbarie hitleriana, al cuello una horca y un crucifijo, porque conocen su carácter primordialmente anti-proletaria y anti-cultural.

Todos los generales tienen un elocuente programa: "25 años de dictadura para aniquilar el marxismo y los intelectuales".

Silencio y recogimiento. Entra a Tolosa la santa cruz sostenida por una mano olivácea de marroquí, fiel en el fondo de su corazón de hiena, asalariada para matar, a la media luna. Y acto seguido en el centro de la plaza pública crepitan hacia el cielo fogatas de libros. El fascismo, el fascismo, amigo íntimo de la cultura. Ya lo dijo uno de sus filosofantes: "el intelectualismo ha roído el cuerpo europeo como un gusano". Los discípulos de la peste parda resucitan en las ciudades devastadas. Se implanta un interregno patológico y Torquemada sale de su sepulcro. Entre "Salve, oh Cristo Rey", ave marías, hosannas, aleluyas y alcancías para la pobre Iglesia cuyo reino no es de este mundo, caen degollados millares de mujeres y niños para mayor gloria de Dios. Todo esto en perfecto recogimiento divino. "En un par de horas matamos en Badajoz dos mil rojos". Y los vampiros se sonríen, ofician preces y elevan acciones de gracias al Señor de las Alturas.

El siglo XX nunca vió mayor ruindad. Nunca soñó peores enemigos del hombre y la cultura, jamás pudo concebir un odio y un desprecio tan vesánico por la personalidad humana y su expresión espiritual.

Ojalá el intelectual no pierda la vida por vanidad. Hora preciosa es esta de recuperarla y dignamente. Comprendemos con claridad el significado de la revuelta española. Contra las masas entregadas a un vasto movimiento tendiente a esclarecer el destino del hombre, se han revelado las fuerzas regresivas del fascismo, las potencias innominadas que claman por el retorno a la bestia, al barro irracional de los comienzos.

Pero las heroicas milicias obreras defienden el occidente. El excelente poeta Jaime Miratvilles, Secretario General de las Juventudes Unificadas de Cataluña, venga la muerte del autor del *Romancero Gitano* y declara: *No pasarán.*

Así se prepara con sangre el advenimiento del día de la liberación. Entonces el Hombre-Dios de los griegos reemplazará a su antagonista milenario: el Dios-Hombre, en cuyo nombre de mito tantos crímenes se han cometido. Fracasada la ciudad celestial, ahora nos corresponde echar las bases de la ciudad del hombre para el hombre, sólidamente asentada en la tierra. Libre de explotadores y de fantasmas sobrenaturales, el mundo comenzará a ser la mansión de la fraternidad. Superado ese período gaseiforme de las iglesias y demás seculares patrañas, reinará la ética verdadera, la pureza auténtica. España es la fragua de donde todo esto esperamos. Tras el ciclón viene la aurora. Gloria a los camaradas muertos. Salud a los combatientes camino de la victoria.

¿Qué se ha hecho con el escritor paraguayo Natalicio González?

Por JUAN M. FILARTIGAS

= *Envío del autor.* Montevideo, abril de 1937 =

Nos llegan angustiosas cartas de intelectuales y familiares del escritor paraguayo Natalicio González, que traen gravísimas denuncias sobre esos especialísimos procedimientos que usan por lo general los gobiernos frenéticos que están siendo tan comunes en esta desgraciada América Latina, y que para tranquilidad de los insípidos se denominan con el benigno título de dictadores. Documentos que obran en mi poder, denuncian que el escritor Natalicio González, mientras transitaba por las calles de Asunción, fué arrebatado violentamente embarcádosele de inmediato en el vapor *Tacuarí* que partió con rumbo desconocido, no siendo posible hasta hoy, (30 días del hecho), saberse cuál ha sido el destino del secuestrado, a pesar de la presionante opinión que ha habido ante tan brutal hecho. Igual caza salvaje se quiso dar al periodista paraguayo Víctor Moringo, el que pudo salvarse gracias a una decidida actitud. Natalicio González es un brillante escritor, muy conocido en toda América, y sobre todo en nuestro país con el que mantiene vinculaciones intensas y nobles valores de amistad.

Escritor, político vigoroso, ha consagrado su vida íntegra a la emancipación moral de su pueblo en gigantesca y constante lucha con gobiernos opresores y comerciantes que solían hacer de los valores de la nación un uso personal... de interés ilimitado.

Pobre, con esa pobreza que ocurre cuando hay independencia moral, pero con el valor de una personalidad bien determinada y poderosa, su único medio de vida y de lucha, fué su pluma, en la humildad de no ser nada más que un escritor frente al poder de lo que es ejército, policía e intereses de gobiernos; implacable fuerza que en países sin estructura moral, no se detiene ante ninguna consideración para ahogar o aniquilar a aquel que osa decir.... Frente a esa insolente fuerza estuvo siempre como un obstáculo la honradez espiritual de Natalicio González, denunciando el abuso que arruinaba la obra común de sus compatriotas, y en un desprecio gallardo para toda amenaza estaba con el gran pueblo de oprimidos, engañados y deshonrados por una falta de esperanzas; sosteniendo como divisa que el peor asesino es el que quita la libertad a sus hermanos.

El odio contra Natalicio González, es el mismo que en nuestra época, azota a casi todos los hombres libres en algunas naciones del continente, y es el odio del que asesina cuando la víctima tiene el honor de la razón.

Natalicio González al defender su causa defiende nuestra causa, la profundidad de ese aliento, sin el cual un pueblo o un hombre no puede vivir; por eso debemos ser fieles, y no esperar impasibles a que esas vergüenzas cumplan sus propias horas. Ante el espectáculo incierto de naciones azotadas por fascismos y violencias, debe surgir como verdad viviente, un nuevo evangelio de fraternal cooperación, y en un natural impulso de hombres que no están perdidos, ni desfigurados por el envilecimiento, volverse contra la corrupción y la mentira de los enmascarados que se dicen salvadores de pueblos.

Todos los déspotas anuncian medios invencibles para dar felicidad, mientras por la violencia toman los poderes, en la promesa de regir y ordenar. Pero una vez acreditada la idea, todo cambia de valor. Una sola voluntad está en todo acto, como una ponzoña en el aire que se respira. Es una voluntad que desorganiza, que transfigura, que acobarda; separa hermanos, ahoga corazones, rompe ideales; doma, reduce, hasta hacer de cada espíritu, una piltrafa; lo que tenía un nombre moral queda reducido a una cosa muerta, quieta, que se quita, se pone o se destruye sin sonido alguno, y la nación es un espacio vacío, mudo para el oído del mundo...

Nuestro deber es llamar a la vida frente a esta muerte. La voluntad de los hombres debe entrar en un combate decisivo frente a este bandolerismo en que sólo hay una ebriedad de poder. La Humanidad es poderosa en el bien, y no podrá ser vencida si está vigilante y denunciando a todas las traiciones, todas las formas monstruosas de los que están en la aventura de aplastar y destruir al hombre. Y aquellos que han visto el dolor en su propio hogar deben de estar alertas en la promesa de servir a la causa, y evitar que la astucia y la mentira nos desvíe de sagrados deberes de solidaridad.

Estimo que denunciando los abusos de los déspotas, no se ha de servir sólo particularmente a un pueblo, cuya injusticia lo deshonra, sino que esas llagas son una especie de herida común, de cuya extensión infecciosa, somos todos responsables. La época de los países aislados ha pasado, y sabemos que un opresor es un enemigo común, sea cual fuere la distancia en que se halle, y el mal para un pueblo debe serlo igualmente para los otros. Sería un desastre para el hombre, si se perdiera esa prodigiosa belleza de la solidaridad y los esclavizantes pudieran trabajar en la impunidad, sin la acusación de los valores morales, que alerta vigilan en nombre de la justicia y la civilización.

Profecía

Y no hablemos de los sacrificios que ha costado a Francia su igualdad democrática y a Italia su unidad nacional, y a Grecia su mermada independencia y a Rusia su desmedida grandeza; no hablemos de esto, porque asomará en seguida a las mentes la melancólica idea de que así como los individuos nada alcanzan sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolución y por la guerra, condenados todos a una batalla sin término en los sangrientos espacios de nuestro infelicísimo planeta. España se reconstituirá tarde o temprano para la democracia y para la libertad. Nunca me ha abandonado esta fe; nunca se ha extinguido en mi pecho esta esperanza.

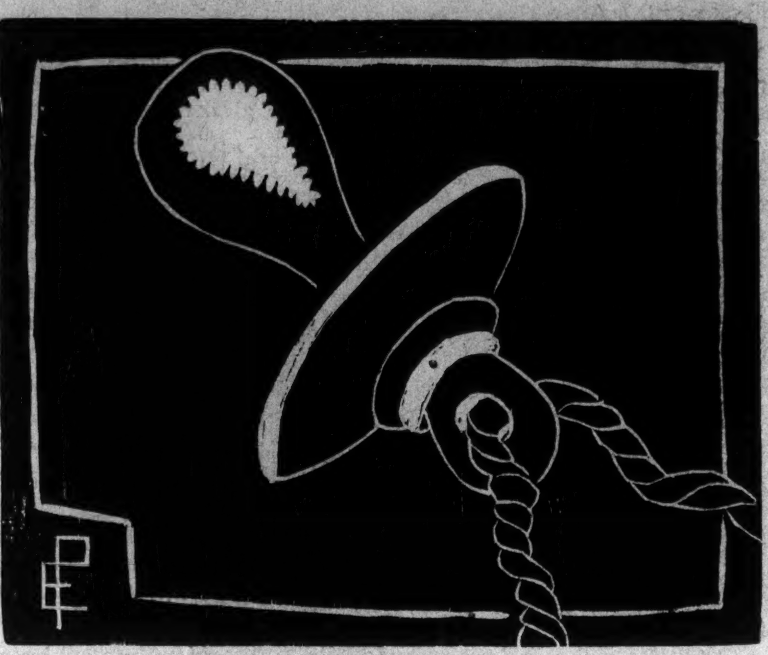
(De *Emilio Castelar*, en *Anales políticos*, Madrid).

El mártir de una fe

Por ANTONIO ORREGO

= Envío del autor. Chiclayo (Perú), marzo de 1937 =

Se ha consumado un horripilante crimen en Trujillo que ha sacudido, como una tremenda remezón sísmica, la sensibilidad peruana. Estremecimiento de dolor, de indignación y de vergüenza ante la crueldad cavernaria y ante la sevicia macabra de que han hecho alarde los victimarios. El crimen ha superado en barbarie a todo lo que se produjo antes en ese asiático Jardín de los Suplicios que son ahora las comisarías peruanas. Crimen que abochorna a toda América y que deshonra a estas *tierras nuevas* en que vuelven a reeditarse las ignominias viejas, como si el mundo no hubiera cursado ya veinte siglos de civilización. Estas palabras son el grito herido de mi pueblo ante la conciencia de los pueblos y de las juventudes del Continente, cuya solidaridad y cuya protesta reclamamos —¡lo exigimos, más bien!— todos los que estamos luchando en el Perú por la causa de América, cara a cara con la muerte.



El símbolo de la caridad

Madera de *Emilia Prieto*

Evocación retrospectiva

Hace quince años, más o menos, un joven obrero, un niño casi, de porte atlético y de perfil acusado y enérgico, incorporóse dentro de una vasta asamblea popular para decirme unas cuantas palabras de salutación. Era Manuel Arévalo hablando en nombre del *Ateneo Popular* de Trujilo, que habíame invitado a pronunciar una conferencia esa noche sobre la significación histórica y revolucionaria del pensamiento de Manuel González Prada. En el resto de la noche no pude apartar ya mi mirada de los ojos magnéticos de este mozo que parecía, más bien que oír, beber, sorber mis palabras. De sus pupilas se derramaba, sedienta de expresión, toda esa fiebre de justicia que encendió su vocación de martirio hasta la muerte. Así se selló nuestra amistad para lo futuro, y, así, trabé conocimiento con una vida, meteórica por la brevedad de su trayectoria y por el esplendor de su fulguración.

Una flor exquisita

Peón de campo en los primeros años de su vida, mecánico experto y calificado, después. Cerebro radiante, perfecamente organizado para la acción y para la comprensión del pensamiento más profundo. Sensibilidad fina y delicada para la captación estética, para la percepción de la poesía y del arte. Causa pasmo, si nó fuera indicio de una América nueva que está naciendo, el surgimiento de esta flor exquisita en las entrañas mismas del pueblo. Sin instrucción previa, en medio de un ambiente hostil y negativo, a los veinticinco años—autodidacta extraordinario—había estructurado una integral y vasta cultura. Sin el complejo de superioridad en que cae, generalmente, el obrero revolucionario; tampoco sin el complejo de inferioridad, mal de nuestras masas humilladas; espíritu seguro de sí mismo, hombre derecho y sin deformación, bien puesto en sus pies, hombre completo.

El conductor de masas

El movimiento aprista fué el punto focal de esta vida. Allí encuadró su inteligencia y su energía excepcionales, ellí encontró el ajuste preciso para su vuelo, allí vivió su camino y allí fué el hallazgo de su trayectoria fulgurante. Pronto se puso a la cabeza de las masas norteñas y fué su conductor, su guía, su jefe y su maestro. También fué su mártir arquetípico, que para hacer más completa su enseñanza, para no dejar en promesa la ejemplarización total de una vida heroica, le dió su última lección y su última ofrenda de sangre.

La pezuña bestial

Dentro de una sociedad noble y justa, dentro de una organización social que supiera aquilatar la progenie moral de sus hombres, la ascensión parabólica de este espíritu, antes de alcanzar la declinación y la sombra de la muerte con tanta crueldad inaudita, habría llegado a la culminación armoniosa de su luz. Pero esta América nuestra de tan violentos y trágicos contrastes, en que se friccionan la cultura y la ignorancia a cada paso y con tan frecuente trepidación, la flor exquisita suele ser chafada, desgarrada, tronchada prematuramente por la pezuña bestial de la barbarie.

¡Cosa paradójica que América que debe cuidar con más acendramiento a sus mejores hombres, porque es la que más los necesita, los sacrifique, también, con tan cruel, con tan irresponsable facilidad! Estas magníficas floraciones humanas son muy difíciles de eclosionar, una y otra vez, porque la naturaleza y la vida ponen en ellas todo su esfuerzo, toda su economía de reserva, todo su poderoso instinto biológico.

¡Y, sin embargo, las dictaduras y las tiranías de nuestros pueblos se suceden sordas, ciegas, irresponsables, estúpidas y brutales!...

EL RACISMO NACIONAL CONTRA LA UNIVERSALIZACION RELIGIOSA

Ignorante de la historia y por lo mismo despreocupado de limitarse, el nacional-socialismo cuando comenzaba a introducirse en el vestíbulo de la Historia, no advirtió al emprender su lucha contra la Iglesia la formidable potencia espiritual con que se encaraba. El nacional-socialismo osó emprender su Kulturkampf *y sólo para perder. Parecía querer empeñarse en una lucha y se halló de inmediato condenado. La concepción materialista apoyada con consideraciones de sangre y de raza, debía conducir ineluctablemente a un choque con el idealismo espiritual. La doctrina de la fuerza tuvo la suficiente estupidez para menospreciar la noble tradición de la Iglesia. La locura de ver en Hitler el modelo más grandioso y perfecto de la humanidad, el Profeta de los Profetas, condujo por fuerza al nacional-socialismo a la adopción del método islámico: difundir las ideas mediante la muerte y el incendio.*

El choque entre este complejo de diletantismo y de ilusiones exacerbadas, con la masa sólidamente unida por las más sublimes ideas—las iglesias—tenía que ser dramático; el conflicto entre la trivialidad de un programa de partido y la personalidad libremente expandida del creyente, no lo era menos.

El estado totalitario, en su deseo de avasallar igualmente a la Iglesia no había advertido que tenía que habérselas con un inmenso imperio espiritual que, desde muchos siglos atrás, lejos de conformarse con exigir el poder, lo ejercía efectivamente. San Pedro, el portero celestial que salva o condena para la eternidad a las almas, ejerce en millones de seres un poder de indiscutible realidad. Y con él persiste a través de los tiempos.

Basta pensar en el Papa, en el Vaticano, en el clero internacional, en el todopoderoso organismo católico, para reconocer que Hitler, al empeñarse en esta lucha contra la Iglesia romana, muestra una inconmensurable miopía.

No sucede de otro modo en lo que concierne a la posibilidad de abatir con la brutalidad de un decreto político al protestantismo, a la rebelión de las almas contra toda mística de poder humano, a la libre comunicación de la personalidad con el Bien supremo. Tampoco aquí cabía duda acerca de la victoria del libre individualismo.

En tal conflicto otro escollo mortal hay para el nacional-socialismo: el prejuicio de la sangre y de la raza. Jamás la Iglesia cristiana, cuya esencia es la Fe, capitulará ante la Materia, esclava de las reacciones de un químico. Jamás renunciará a la misión que le ha sido dada por Dios de andar por el mundo y recibir en su seno a paganos y a judíos como a hermanos.

(De *Pierre Brossolette*, en el Nº de noviembre de 1936 de la revista *Hechos e Ideas*. Buenos Aires).

De mi aldea
La Ceiba

Por EDELMIRA LAGOS

= *Envío de la autora.* Sta. Cruz, Guanacaste (Costa Rica), 20-IV-37 =

A doña *Cata de Leiva*, con mi más alta estimación.

Cuando vamos a decir algo acerca de un amigo, ponemos impensadamente la mano sobre el corazón y sobre nuestro amigo cae suave resplandor... como de luna, como de estrella, como de sol naciente... ¿Resultado? Brotes de nuevas simpatías para el amigo aunque no le conozcan, porque el corazón es un gran sembrador.

Voy a hablar de mi amiga La Ceiba y estoy segura de que aunque nunca la hayan visto, la amarán, porque sobre su memoria verterá mi corazón toda la luz que ella tras largos siglos supo conquistar.

La conocí en 1911 junto al camino blanco y sinuoso que conduce a la escuela en San Antonio de Nicoya: caminito que acarician pies descalzos de niños. Era yo una chiquilla, cursaba los primeros años de Colegio y gustaba de soñar junto a las cosas humildes y sencillas de la naturaleza.

La Ceiba junto al camino era una caricia a los ojos, al espíritu, al cuerpo, de quienes como ella habitábamos bajo un sol candente, entre nubes de polvo gris que el viento de enero se complace en llevar de un lugar a otro en remolinos caprichosos. Con su altura de coloso, cuarenta, tal vez cincuenta metros, parecía un centinela en la llanura de los bosques talados, convertidos ahora en pastizales o simples tacotales, viviendas de zorros y alimañas. Su copa se extendía inmensa, casi simétrica, circularmente vista desde abajo; el follaje tupido era una constante y ferviente imploración a las alturas: siempre a lo alto, siempre tras la luz, tras lo diáfano, lo intocado, pues a sus ramas creo que nunca llegó el polvo, por más que el viento en sus enojos lo arremolinase infundiendo terror a lo bajo, a las yerbas débiles y rastreras, a los animales pequeños...! Muchas veces me detuve a su sombra, me envolvía en ella para soportar los ardores del sol y mirar sin molestias las hojas brillantes. Allí en la copa los loros y pericos metían bulla en sus fiestas vespertinas, bulla loca ciertamente, pero que sellaba de vida a La Ceiba en su sereno estar allí sola en la llanura.

Los soles del verano habían madurado ya el fruto elíptico, que en nuestro lenguaje criodo llamamos *jícaras de ceiba;* empezaban a reventar y el algodón sedoso (envoltura de las semillas) y mullido saltaba en copos que el viento se encargaba de llevar dando volteretas, lejos, muy lejos. Este viento se me ocurre que piensa, que siente y se complace en molestar. Abrazaba silbando a La Ceiba, le arrancaba las sedas del fruto y se alejaba en carcajadas. Al verlos volar me parecía que ella echaba a volar su pensamiento en la intención de que otros lo recogieran, lo agrandaran y lo aprovecharan mejor.

¡Ceiba amiga... sobre tu mullido algodón, sueñan sus sueños de oro las cabezas juveniles de la aldea; el amor teje así en sueños sus cadenas de oro sobre el tibio plumón de tu pensamiento desprendido y hecho caricia. Eras muy buena. Por eso en horas vespertinas venían las muchachas a buscarte, a recoger el algodón para las almohadas, formando como las aves, bullicio alegre, risas, cantos, palpitar de corazones por caminillos tendidos bajo las sombras de los canelos en flor!

El tronco panzudo, de corteza rugosa por el tiempo, se apuntalaba en soportes enormes y fuertes, continuados seguramente por raíces profundas que debían exprimir por toneladas el jugo de la tierra, para sustento de este gigante amigo. ¡Qué chiquita, que insignificante me sentía a su lado! Pues si podía esconderme en una de las concavidades de los puntales! Como a media altura del tronco había hecho el tiempo unas hendeduras como ventanas en donde se alojaban los garrobos y desde donde asomaban la cabeza de vez en cuando con aire de príncipes en los balcones de su palacio.

A medio día las vacadas de las vecindades se reunían a la sombra de La Ceiba a rumiar, quietas, mansas, somnolientas como quien siente los miembros cansados después de largo trajín. ¡Qué paz más perfecta así bajo el abrazo sombrío de esta amiga poderosa! De esta amiga que bebe sol quemante y derrama frescura generosa.

Recuerdo haber visto más de un anochecer junto a su tronco: a esta hora aumentaba siempre el número de visitantes, arriba las aves, (lapas, loros, pericos, carpinteros, palomas, urracas, etc.) en alegría desbordante: abajo, en el amplio manto de su sombra, los niños a sus anchas, entretenidos en juegos característicos; jugaban de montar toros, amansar potros, de hacer desmontes, de labrar tucas, de tocar marimba, de hacer velas de santos (rezos), de bailar, etc. Muchas veces participé de estos juegos porque era aun una infante y porque las alegrías de los niños acarician el corazón.

En la época de los renuevos tiernecitos hacían los monos su incursión al árbol, permaneciendo en él una temporada de perpetuo banquete con el manjar que les ofrecía la naturaleza, al tiempo que daban nuevo cuadro a esta preciosa vida de mi amiga inolvidable.

Y venían las noches de luna a darle nueva belleza y majestad. Incansable en derramar el bien, allí en su copa, en su tronco, en los huecos de sus raíces, daba abrigo a miles de seres de día y de noche. Y qué bella en la noche, parecía un enorme hongo de plata!

Vida que pasaste así tan generosa, ¿quién se acordará de ti?

Como a cien metros de La Ceiba vivía una familia de aldeanos tan buenos y sencillos como ella. Dos notas de vida se destacaban en el correr de los días en armonías deliciosas, un montón de chiquillos y una marimba tocada por el jefe de la casa y por el hijo mayor.

¿Horas de música? —La tarde y parte de la noche, principalmente en noches de luna.

¿Horas de bulla infantil? —En las mañanas en viaje a la escuela, en las tardes doradas y en noches de luna allí junto a La Ceiba.

Las notas de la marimba pasaban rozando la alta copa donde el viento unía su canción: pasaban también por las hendeduras del tronco, habitaciones de garrobos, grillos y cigarras, artistas de la naturaleza.

Los chiquillos sin hacer caso del ritmo ni la melodía, reían y saltaban al influjo de la música. Y en el correr de las horas parecía que La Ceiba, que sabía de alturas, que sabía de Dios, recogía filosofando toda la armonía derramada en su alrededor, risas de niños, música arrancada a la madera por manos rudas y callosas.

¡Amiga Ceiba! La visión de tu vida hizo una hendedura en mi corazón. Yo disfruté de tus dones: las armonías que se desgranaron a tu alrededor pasaron rozando mi vida y formaron parte de ella!

Y pasó el tiempo: se apagaron vidas amadas y la soledad y la tristeza me fueron circundando. Trajinaba por el sendero de otros días. Era una mañana de sol, del mismo sol brillante y ardoroso que maduraba el fruto de seda. Era en Enero de 1936; el viento y el polvo gris me azotaban de igual modo, ellos no cambian. Busqué con ansias la sombra de mi amiga de hacía veinticinco años, la amiga generosa del camino... y la encontré... pero ay...! yacente....! Su tronco como panza de elefante interceptaba la vía. Caída, pero siempre grande, majestuosa, parecía orgullosa al darse cuenta de que aún en tierra era inaccesible. Los huracanes del invierno la habían tumbado porque su corazón se había carcomido de tanto darse. Sus raíces profundas y fuertes se cansaron un día y no pudieron cumplir su misión. El viento la venció. Todo era triste en torno, con esa desolación de lo irremediable. El tiempo se había llevado uno a uno a los vecinos, unos a la eternidad, otros, tal vez los chiquillos al crecer habían emigrado. En el lugar donde estaba la casita sólo había un horcón que se asomaba entre las breñas que crecían por todas partes.

Largo rato contemplé a la amiga. También ella se iba hacia allá... Todavía no se había marchitado porque en su vástago la savía es abundantísima. Al caer, se enterró uno de sus grandes codos y quedó reclinada como si descansara. Su tronco así formaba una especie de arco triunfal cantando a la vida. La enorme copa se había despedazado, ni una hoja quedaba ya, pero en su afán de vivir y buscar las alturas para derramar el bien, habían brotado tres ramas en el codo que se había enterrado un poco y la sostenía: eran tres ramas vigorosas, tiernecitas, ricas de savia, con hojas lustrosas. No pude contener mi entusiasmo y besé los hojas, acaricié las ramas que constituían el último esfuerzo de un corazón que vivió sólo para el bien. Se me ocurre que esas ramas significaban la Fe en su esfuerzo hacia la luz; la Esperanza en alcanzar la altura, la perfección; y la Caridad para verter el bien generosamente.

Días después, en la época de las quemas, un incendio desvastador buscó la parte carcomida del buen árbol que estaba caído, viejo ya y que contemplaba como abuelo sus tres ramas, su último palpitar. El fuego se hizo superior, lo envolvió, lo destruyó por completo en una tarde y la noche. Al amanecer, el viento se llevó las cenizas y las regó en los campos como una bendición de albura.

EDITOR: J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA: Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR: EL SEMESTRE, $3.50. EL AÑO, $6.00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK

Los derechos del salvaje

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá, 5 de abril de 1937 =

Un distinguido costarricense llegado a Bogotá en viaje de estudios hace más o menos cuarenta años, pasó a los literatos, hombres de ciencia, políticos, hacendados y comerciantes un hermoso álbum en solicitud de autógrafos. Un oscuro periodista de esos tiempos, a cuya noticia había llegado en diarios extranjeros la descripción minuciosa de la manera brutal y anticristiana cómo el gobierno alemán de entonces había suprimido la tribu de los hereros en rebeldía contra la administración colonial les confió a las páginas del álbum estas proféticas palabras: "Una de las naciones europeas, tenidas en el mundo como espejo de civilización y cultura, se ha señalado en Africa con escenas de increíble barbarie en su lucha contra una tribu. Con una crueldad de que no había ejemplo hace muchos siglos los hereros han sido exterminados hasta el último hombre por medio del fuego, del hambre y la sed, sin excluir todavía más negras e inexpresables torturas. Es un crimen no sólo contra la humanidad sino también contra la vida y la civilización que pide sanciones y venganzas. No muy tarde el Africa llevará a Europa sus legiones a pedir cuenta a los civilizados de estas escenas de barbarie contempladas impasiblemente por las naciones más cultas del globo".

A los 24 años los senegaleses y otros habitantes del Africa tenebrosa ocupaban ciudades cultísimas de Alemania como Dusseldorff, Maguncia, Colonia, Wiesbaden y les imponían a los burgomaestres obligaciones inferiores al más elemental decoro. Tal es la forma irónica en que la providencia de las naciones castiga los crímenes colectivos.

De negros fueron los regimientos destinados a hacerle sentir a Alemania, el peso de la derrota.

El espíritu del mundo civilizado se alzó entonces contra el rigor del castigo. Hoy, en presencia de la crueldad usada por el gobierno alemán contra sus propios súbditos y al hacer memoria de las hazañas llevadas a cabo por los colonizadores tudescos en 1895 y 96 para exterminar tribus enteras del Africa equinoccial, el historiador se consterna ante la posibilidad de que se lleven de nuevo a cabo tales excesos de barbarie.

El hombre civilizado ha de establecer una clara diferencia entre la salvajez y la barbarie. El salvaje en medio de su ignorancia es un personaje respetable. Sus actos están regidos por una tradición ancestral y por sus relaciones de lucha tenaz y a muerte con la naturaleza. No conoce más leyes que las impuestas por un medio hostil y conservadas por tradiciones orales. Obra impelido por la necesidad de conservar la vida. No ha recibido enseñanzas que le pongan en la vía del mejoramiento.

El bárbaro que vive entre los pueblos civilizados, que puede escuchar diariamente los consejos de la experiencia acumulada durante siglos, que ha dominado a la naturaleza y tiene a su disposición las ciencias para su comodidad y las artes para su deleite, carece de excusas cuando se entrega a los mismos excesos y abominaciones que el salvaje.

Nos sugiere estas penosas consideraciones la sospecha de algunos estadistas europeos y de otras localidades, según la cual el próximo golpe teatral del gobierno del Reich será la exigencia de que se le devuelvan las colonias africanas por él poseídas antes de 1914. Inglaterra y Francia, las únicas potencias occidentales de quienes la civilización se creía con derecho a esperar que les cerraran el paso a los perturbadores de la paz y a los enemigos de la civilización en Europa, han estado cediendo atemorizadas ante los avances de Alemania y de Italia. Sea por amor verdadero a la paz, sea por inadecuada preparación para la guerra, aquellas potencias han buscado toda clase de excusas honorables para no darle cumplimiento a las obligaciones contraídas en el Tratado de Versalles y en el pacto a que se debe la fundación de la Sociedad de las Naciones. Si es amor a la paz el sentimiento inspirador de sus abdicaciones, merecen sin reservas el aplauso del mundo cristiano. Pero las gentes civilizadas no podrían mirar con indiferencia el tránsito de soberanía en los terrenos actualmente ocupados por las naciones mandatarias. No es de temer que en este caso las potencias a cuyo cargo está la administración de las pasadas colonias alemanas cedan a la amenaza de la fuerza. Tampoco han de ceder a consideraciones de necesidad o de compensación equitativa, porque el mundo está cansado de ver cómo se trata a las colectividades humanas en calidad de semovientes llevados a la feria para transferir el dominio a los mejores ponentes.

Siempre existió el derecho de los pueblos a disponer de sus propios destinos. En una de las épocas más agitadas y gloriosas de la historia humana, entre 1776 y 1824, América demostró la verdad y la conveniencia ética de tal principio. Desde 1920 esta imperiosa ley de la vida internacional está reconocida y garantizada por todas las potencias signatarias del pacto creador de la Sociedad de las Naciones.

El mundo no puede ya tener fe en Alemania como administradora de razas distintas de la preconizada por el actual régimen del Reich como la única digna de dirigir los destinos del planeta. Si razas establecidas en el centro de Europa hace más de veinte siglos están siendo objeto de persecución temeraria y constante con miras a la completa eliminación, es natural inducir que la primera etapa de la restauración del poder alemán en las colonias de Africa será un proceso inmisericorde en mira de la completa extirpación de las razas que hoy ocupan tales territorios. Los pueblos cristianos no pueden cerrar los ojos y cruzarse de brazos frente a una perspectiva moral de tanta trascendencia.



Prisioneros italianos
(Cogidos en el frente de Guadalajara)



Los civilizadores de España
El ejército *nacionalista*
(Foto encontrada en la máquina de un oficial alemán cogido en Vizcaya)